

Extraño anuncio

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

CHICA.

LÓPEZ ALONSO, *el hombre.*

INDIVIDUO.

TIPO 1º.

MABEL, *la mujer.*

TIPO 2º.

PORTERO.

Primera Parte

Un piso cualquiera en un lugar cualquiera, aunque se sugiere la sala de estar de un edificio antiguo, con habitaciones espaciosas, techos altos y tabiques gruesos, construido en plena monarquía de Alfonso XIII. El salón que muestra el escenario tiene una puerta que comunica directamente con el rellano de la escalera en donde está el ascensor, y otra -o más de una- que conduce a las habitaciones y dependencias interiores. Todo respira una atmósfera pesada y decadente. Al empezar la obra, la escena está vacía. De personas, quiero decir.

Al cabo de algún tiempo, aparece un Hombre. Es una persona mayor aunque todavía de buen aspecto, con una indiscutible elegancia natural. Se puede asegurar que armoniza perfectamente con los muebles, las lámparas y las alfombras del decorado. No sería nada extraño que poseyera un viejo coche inglés -¿por qué no un Morgan?- y que fuese socio fundador del **Círculo Artístico** de su ciudad. Viene en mangas de camisa porque se está afeitando. (Trae parte de la cara enjabonada y una navaja en la mano). Se dirige a un anticuado modelo de tocadiscos, escoge algo especial, y lo pone en marcha. Luego descorre las cortinas de un amplio balcón que, con toda probabilidad, debe de dar a una ancha avenida o a una plaza. Empieza a oírse el «Concierto para piano n° 21 en Do mayor», de Mozart. El Hombre lo escucha complacido unos segundos y después hace mutis por la misma entrada que antes utilizó. Hay una pausa dominada por el concierto de Mozart. Más tarde suena el timbre de la puerta principal. Casi enseguida aparece el Hombre que vimos anteriormente -y del que ya se puede descubrir que se llama **López Alonso**- aún con la cara a medio afeitar, una toalla alrededor del cuello y la navaja en la mano. Se dirige a la puerta de la calle, observa por la mirilla y abre: en el umbral hay una **CHICA**.

CHICA.- Buenos días. Vengo por el anuncio.

LÓPEZ.- ¿Anuncio? ¿Qué anuncio?

CHICA.- El del piso. Este piso se vende. O se alquila. ¿No?

LÓPEZ.- No, señorita. Este piso ni se vende ni se alquila. Lo siento.

(El Hombre intenta cerrar la puerta, pero la **CHICA**, con su gesto y con su pregunta, se lo impide.)

CHICA.- Discúlpeme, pero... ¿esta no es la calle Mauricio Roldán?

LÓPEZ.- Sí, esta es.

CHICA.- ¿El número veinticinco?

LÓPEZ.- El veinticinco.

CHICA.- ¿Tercero izquierda?

LÓPEZ.- Exacto.

(La CHICA medita un momento antes de decir con evidente sorpresa...)

CHICA.- Y no se alquila.

LÓPEZ.- Ni se vende.

CHICA.- Entonces, el anuncio...

LÓPEZ.- ¿El anuncio? Yo no he puesto ningún anuncio. Será un error.

CHICA.- **(Algo extrañada.)** Sí, eso será. Perdóneme.

LÓPEZ.- Buenos días.

(El Hombre cierra la puerta y se encoge de hombros, aunque no puede evitar quedarse un momento pensativo. Luego hace mutis para seguir afeitándose. El escenario vuelve a permanecer vacío mientras continúa la música. No tarda en sonar el timbre otra vez. Llega de nuevo el Hombre, un tanto fastidiado por no poder afeitarse tranquilamente. Se acerca a la puerta, observa como antes por la mirilla, hace un gesto de impaciencia al comprobar quién está al otro lado y abre.)

CHICA.- Siento volver a molestarle, pero es que estoy un tanto desconcertada. **(Le muestra al Hombre un recorte de periódico.)** Aquí, en este recorte de diario, pone: «Se vende o se alquila piso antiguo, confortable, restaurado, próximo metro. Calle Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda. Facilidades».

(La CHICA le entrega el recorte al Hombre, quien lo lee detenidamente. Después se lo devuelve, diciendo...)

LÓPEZ.- No sé... Se equivoca. Ya le dije que no. Este piso es mío, llevo viviendo en él más de cuarenta años. Lo he amueblado a mi modo... con cosas de mi familia... me gusta... y no pienso venderlo ni alquilarlo.

CHICA.- Pero la dirección...

LÓPEZ.- Sí, la dirección es la misma, pero bueno... cualquiera sabe... un error... insisto. Y ahora, si usted me lo permite... tengo el tiempo justo... he de seguir afeitándome. **(Hace ademán de querer cerrar la puerta, pero las palabras de la CHICA le detienen.)**

CHICA.- Claro, pero el teléfono...

LÓPEZ.- ¿El teléfono? ¿Qué le pasa al teléfono?

CHICA.- Aquí viene un número.

LÓPEZ.- ¿Dónde?

CHICA.- Aquí... en el periódico... pegado al anuncio... Parece como si se hubieran saltado una línea.

LÓPEZ.- ¿Usted cree?

CHICA.- Podría ser.

(El Hombre se queda mirando a la CHICA fijamente. Está muy intrigado.)

LÓPEZ.- ¿De qué la conozco a usted?

CHICA.- ¿A mí? De nada... no... de nada. ¿Por qué?

LÓPEZ.- Su rostro me parecía familiar.

CHICA.- Pues... no.

(El Hombre cambia bruscamente de tema.)

LÓPEZ.- ¿Qué decía usted del teléfono?

CHICA.- ¿Le importaría comprobar el número?

LÓPEZ.- ¿Comprobar el número?

CHICA.- (**Señalando el periódico.**) Sí, a ver si es el suyo.

(**El Hombre va entrando poco a poco en la indagación de la CHICA.**)

LÓPEZ.- Está bien. Dígame: ¿qué número pone ahí?

CHICA.- (**Leyendo.**) 2 - 31 - 61 - 22. ¿Es el suyo?

(**El Hombre contesta lentamente.**)

LÓPEZ.- Sí, es el mío.

CHICA.- ¡Qué raro!

LÓPEZ.- Sí... un poco. En fin... una coincidencia... Alguien se equivocó... el que puso el anuncio... o el periódico... supongo.

CHICA.- Seguramente. ¿No sabe usted si se vende o se alquila un piso en este inmueble?

LÓPEZ.- Pues no... no lo sé.

(**La CHICA vuelve a mirar el recorte de periódico que conserva en la mano.**)

CHICA.- Verá... es que aquí... además del teléfono... añade... «Dirigirse a los señores de López Alonso».

LÓPEZ.- ¿Cómo ha dicho?

CHICA.- López... López Alonso. ¿Por qué?

LÓPEZ.- Es que... López Alonso... soy yo. (**El Hombre está tan atónito que le cuesta volver a la realidad.**)

CHICA.- ¿Es usted?

LÓPEZ.- Sí, señorita... yo.

CHICA.- ¿López Alonso?

LÓPEZ.- «De» López Alonso... sí. **(La situación es tan sorprendente que ninguno de los dos sabe cómo salir de ella.)** Pase, por favor, señorita. Y siéntese. **(La CHICA entra en el salón y se sienta en un sofá isabelino que tiene una tapicería antigua. Al mismo tiempo, el Hombre se limpia la cara con la toalla que aún lleva al cuello y que deja, con la navaja, sobre una mesa. Después apaga el tocadiscos y se sienta cerca de la CHICA.)** ¿Me permite otra vez el anuncio?

CHICA.- Sí, claro.

(El Hombre lee de nuevo el recorte como si le fuera en ello algo muy importante.)

LÓPEZ.- Los datos coinciden con los míos, sin duda. ¡Qué curioso! **(Le da la vuelta al papel como buscando alguna circunstancia aclaratoria.)** ¿En qué fecha se publicó? ¿Lo recuerda?

CHICA.- Desde luego: el martes dieciséis.

LÓPEZ.- Hoy es diecinueve, viernes.

CHICA.- No he podido venir hasta esta mañana porque tuve mucho trabajo. De todas formas, su señora me dijo...

LÓPEZ.- Un momento. ¿Cómo que mi señora le dijo?

CHICA.- Bueno, quizás no fuera su señora, discúlpeme. El caso es que, después de leer el anuncio, llamé a este teléfono y una voz de mujer me contestó.

LÓPEZ.- ¿Le contestó?

CHICA.- Sí, me contestó.

(El Hombre, intrigadísimo, le devuelve el recorte de periódico a la CHICA a la vez que le pregunta...)

LÓPEZ.- ¿Cuándo fue eso?

CHICA.- A ver... déjeme que lo piense... pues... sí, el miércoles diecisiete... un día después de publicarse el anuncio.

LÓPEZ.- ¿Y qué le dijo esa voz... de mujer?

CHICA.- Nada importante... Lo normal en estos casos... que tomaba nota de mi llamada... y ... que me esperaría aquí hoy... esta mañana... viernes.

(Se produce un silencio. Las palabras de la CHICA han caído espesamente. Al fin, el Hombre reacciona.)

LÓPEZ.- Señorita, ignoro el interés que pueda usted tener en mentirme, pero nada de lo que está diciendo es verdad. Mi mujer está en Barcelona, en casa de una hermana que cayó enferma de repente. Hepatitis. Se fue el martes... en avión.

CHICA.- Bueno... los anuncios se encargan con uno o varios días de adelanto. Lo pudo haber encargado el lunes, por ejemplo.

LÓPEZ.- Sí, tal vez, pero, dejando aparte lo absurdo de poner un anuncio diciendo que se vende o alquila un piso que, en realidad, no se quiere vender ni alquilar, lo que resulta de todo punto imposible es que hablara usted con ella el miércoles. Mi mujer, como ya le he explicado, se marchó a Barcelona el martes.

CHICA.- Entonces... debí de hablar con otra persona.

LÓPEZ.- No lo creo. Vivimos solos. Únicamente con un perro... un Yorkshire... pequeño. No tenemos hijos. Además, nos negamos a compartir nuestra vida con una criada. Los tiempos se han puesto muy difíciles. En este piso, como usted ve, hay muchos objetos de valor... antigüedades. No se puede uno fiar de nadie. Solamente viene una asistenta a limpiar dos días por semana... los lunes y los jueves. Así que...

CHICA.- No creerá usted que me estoy inventando todo esto.

LÓPEZ.- Y usted no supondrá que intento engañarla... imagino.

CHICA.- No, por supuesto.

LÓPEZ.- En este caso...

(Está muy claro que el Hombre quiere dar por terminada la conversación. Incluso se levanta para que la CHICA se sienta obligada a hacer lo mismo.)

CHICA.- Es posible que usted piense que estoy loca, pero...

LÓPEZ.- ¿Qué?

CHICA.- **(Con cierto temor a hablar.)** Su mujer... o... en fin... la voz femenina que respondió al teléfono cuando llamé, me dijo que tenía mucho interés en vender o alquilar este piso con urgencia, porque... porque su marido se había muerto el mes pasado.

(Suena bruscamente el timbre de la puerta. Este sonido consigue volver al Hombre de su estupor. Se había quedado mirando fijamente a la muchacha, como si le fuera imposible entender lo que acababa de escuchar. Incluso parecía haber susurrado unas palabras.)

LÓPEZ.- ¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted?

(El timbre suena otra vez con mayor violencia y el Hombre, con un evidente esfuerzo, se decide por fin a abrir la puerta de la calle. Aparece un hombrecillo pequeño, de edad imprecisa, posiblemente estrábico, con gafas, vestido con un traje gris impersonal y que trae, debajo del brazo, una carterita negra de plástico imitando piel. Cuando lo descubrimos, está consultando un papel que tiene en la mano.)

INDIVIDUO.- ¿Señores López Alonso?

LÓPEZ.- **(Apelando a toda su dignidad maltratada.)** «De» López Alonso.

INDIVIDUO.- Ah, bueno... por mí... «de» López Alonso.

LÓPEZ.- Aquí es.

INDIVIDUO.- Vengo a cobrar unas facturas.

(El Hombre está realmente extrañado, aunque procura hacer memoria.)

LÓPEZ.- Lo siento... pero... no nos queda por pagar ninguna factura. Ya he pagado los gastos de la comunidad de este mes, el agua, la luz, la cuenta del sastre y la nota de la pastelería que nos provee de dulces los domingos, de modo que...

INDIVIDUO.- Le ruego que no se excite, pero es la quinta vez que pretendo cobrar estos recibos. **(El INDIVIDUO saca unos desagradables papeles de su cartera mientras el Hombre observa sus dedos peludos y sus uñas sucias.)** Como le cuento: la quinta vez. Y, claro, la señora...

LÓPEZ.- **(Sobresaltado.)** ¿La señora? ¿Qué señora?

INDIVIDUO.- Pues la señora con la que estuve hablando el otro día.

LÓPEZ.- ¿Qué día?

INDIVIDUO.- El miércoles. Lo recuerdo muy bien porque...

LÓPEZ.- **(Todo lo alarmado que su tensión arterial le permite.)** Escuche: mi mujer -si es a ella a quien usted se refiere- se fue a Barcelona el martes. El martes... ¿lo entiende? De manera que aunque me lo jure usted por sus hijos -a los que desde ahora envío mis respetos- es totalmente imposible que mi señora hablara con usted el miércoles.

INDIVIDUO.- No meta usted a mis hijos en este asunto, hágame el favor. Yo hablé aquí, en esta casa, con una mujer, el miércoles por la mañana. Le traje estos recibos y me pidió que volviera hoy, viernes, porque andaba mal de fondos en aquel momento. En cuanto a que aquella mujer fuese su esposa, ya me figuro.

LÓPEZ.- Ya se figura usted... ¿qué?

INDIVIDUO.- Que no, porque a la señora que digo se le había muerto su marido el mes pasado.

(El Hombre vuelve instintivamente la cabeza hacia la CHICA, quien está sonriendo de un modo ambiguo. Luego intenta reaccionar razonablemente.)

LÓPEZ.- ¿Le importaría repetir lo que me acaba de explicar? Pase, pase, por favor.

(El Hombre cierra la puerta mientras el INDIVIDUO entra y saluda a la CHICA, que sigue sentada donde estaba.)

INDIVIDUO.- Buenos días.

CHICA.- Hola.

(El Hombre se siente en la obligación de hacer las presentaciones.)

LÓPEZ.- Es la señorita...

CHICA.- Charo... Charo Menéndez.

LÓPEZ.- Y el señor...

INDIVIDUO.- Germán Pedreño, para servirle.

LÓPEZ.- Siéntese, siéntese señor Pedreño, hágame el favor.

INDIVIDUO.- Gracias.

(El INDIVIDUO se sienta y LÓPEZ ALONSO también. Se produce entonces una larga pausa que nadie se decide a romper. Al fin...)

LÓPEZ.- ¿Y dice usted que habló con una mujer a la que se le había muerto el marido el mes pasado?

INDIVIDUO.- Sí, señor; así es.

LÓPEZ.- En esta casa. Habló usted con ella... en esta casa.

INDIVIDUO.- En esta casa.

LÓPEZ.- El miércoles.

INDIVIDUO.- Exacto.

LÓPEZ.- Y... ¿cómo era dicha señora? Si puede saberse.

INDIVIDUO.- (**Indeciso.**) Bueno... realmente yo... Por la índole de mi oficio procuro no fijarme en los clientes, sobre todo si son mujeres, pero en fin... No era muy alta ni muy baja... una estatura media, digamos. Tampoco estaba gorda, desde luego... ni demasiado delgada.

LÓPEZ.- ¿Morena?

INDIVIDUO.- ¿Perdón...?

LÓPEZ.- Le pregunto si era morena.

(**EL INDIVIDUO lo piensa detenidamente antes de responder.**)

INDIVIDUO.- No, no era morena.

LÓPEZ.- Rubia, entonces.

(**EL INDIVIDUO vuelve a meditar su contestación.**)

INDIVIDUO.- Pues... no... no... Tampoco era rubia.

LÓPEZ.- (**Irritado.**) Le advierto que si pretende burlarse de mí, no le veo la gracia. ¿Cómo es posible que no fuera ni rubia ni morena?

(**Pero antes de que el INDIVIDUO pueda contestar, la CHICA interviene.**)

CHICA.- Podía ser castaña. Hay mujeres que son castañas. Muchas.

(El Hombre intenta fulminarla con la mirada como hacen los protagonistas de las películas en los momentos clave, pero sin resultado. Luego, comprendiendo que lo que ha dicho la CHICA no carece de lógica, pregunta...)

LÓPEZ.- ¿Castaña?

INDIVIDUO.- No... No creo que fuese castaña.

CHICA.- (Decidiéndose a meter baza.) ¿Pelirroja?

INDIVIDUO.- Pues, no... Pelirroja, no... En absoluto.

LÓPEZ.- (Perdiendo su natural compostura.) ¿Me quiere usted hacer el favor de decirme cómo era esa mujer?

INDIVIDUO.- No se enfade. Yo soy un profesional. Siempre voy a lo mío, ¿comprende? Sólo me entero de lo que conviene que me entere. ¿Está claro?

LÓPEZ.- Pues...

INDIVIDUO.- Precisamente. Para mí, los clientes no tienen sexo. O sea, que si una mujer es rubia, morena, castaña o pelirroja, yo... ni fijarme.

LÓPEZ.- Muy bien. Le felicito.

INDIVIDUO.- Gracias.

LÓPEZ.- (Ya intrigado.) ¿Ya qué se dedica usted? ¿Le importaría explicármelo?

INDIVIDUO.- No, no señor, en absoluto: pompas... pompas fúnebres.

LÓPEZ.- ¿Cómo? ¿Que... que trabaja usted en pompas fúnebres?

INDIVIDUO.- Sí, señor. ¿Tiene algo de malo?

LÓPEZ.- (Conteniéndose.) Nada, nada, no tiene nada de malo. De manera que usted viene...

INDIVIDUO.- (Con una naturalidad aplastante.) A cobrar la factura del entierro de un señor que murió en esta casa el mes pasado, ya se lo he dicho.

(El Hombre estalla de un modo poco acorde con su habitual discreción.)

LÓPEZ.- Oiga usted, caballero, aquí no se ha muerto nadie. Ni el mes pasado ni nunca, que yo sepa. En este piso vivo yo con mi mujer -acompañados de un perro raza Yorkshire-, y los dos -según el último chequeo, con análisis y todo, que nos hizo don Jaime Torija, nuestro médico de cabecera- nos encontramos en perfecto estado de salud. No hemos pensado en morirnos... todavía. Tengo la lamentable impresión de que se ha equivocado usted de casa, de mujer y de muerto.

(El INDIVIDUO mueve varias veces la cabeza de arriba abajo para mostrar su disgusto y luego insiste consultando sus papeles.)

INDIVIDUO.- ¿Calle Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda?

LÓPEZ.- Sí, sí señor: Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda.

INDIVIDUO.- ¿Señores López Alonso?

LÓPEZ.- **(Rectificando levemente.)** «De» López Alonso... pero... sí.

INDIVIDUO.- Bueno, para ser más exactos, señora viuda de López Alonso.

LÓPEZ.- **(En un grito.)** ¡No! ¡Señora viuda de López Alonso, no!

INDIVIDUO.- Está bien, no se excite. Aquí es lo que pone, pero por mí... ¿Señora de López Alonso a secas?

LÓPEZ.- Eso es, a secas. Señora de López Alonso... a secas.

INDIVIDUO.- Sin «viuda».

LÓPEZ.- Sin «viuda».

INDIVIDUO.- Pues de acuerdo con estos recibos, todo coincide.

LÓPEZ.- Todo, excepto el muerto.

INDIVIDUO.- Ya, ya, pero esto es lo de menos.

LÓPEZ.- Hombre, será lo de menos para usted, porque lo que es para mí...

INDIVIDUO.- Sí, me hago cargo, pero en fin... ¿qué quiere usted que le diga? Yo de lo que me preocupo es de cobrar. Que sea usted el muerto o no, me tiene sin cuidado. No sé si me explico.

LÓPEZ.- Perfectamente, se explica usted perfectamente.

(El Hombre, sin saber cómo reaccionar, mira a la CHICA buscando, sin convicción, alguna ayuda.)

CHICA.- (Con lógica aplastante.) Perdone que intervenga, pero si este señor de la funeraria le diera algún dato más preciso sobre la mujer con la que habló, tal vez podría usted comprobar si realmente se trataba de su esposa.

LÓPEZ.- Sí, claro, pero no parece fácil. No recuerda ni el color de su pelo...

INDIVIDUO.- Ya le dicho que mi profesionalidad...

LÓPEZ.- (Interrumpiéndole.) ¿Cómo iba vestida? ¿Lo recuerda?

INDIVIDUO.- No... no lo recuerdo.

LÓPEZ.- (A la CHICA.) Inútil... totalmente inútil. **(Al INDIVIDUO.)** No recuerda usted nada... confíeselo.

INDIVIDUO.- (Después de pensarlo.) Bueno... haciendo memoria... hubo un detalle que me llamó la atención.

LÓPEZ.- ¿Cuál?

INDIVIDUO.- Aquella mujer... no pronunciaba bien las eses. Es decir, las pronunciaba, pero de una manera especial: le silbaban. Me chocó porque yo tengo un sobrino al que le pasa lo mismo y ahora está recluido en un sanatorio.

(El Hombre, en el colmo del estupor, cae derrumbado sobre algún asiento. La CHICA, tímidamente, insinúa...)

CHICA.- Su mujer...

LÓPEZ.- Tampoco. Mi mujer... tampoco... puede pronunciar bien las eses.

(Hay una pausa espesa y dificultosa.)

CHICA.- Entonces... era ella.

(El Hombre se levanta y camina agitado.)

LÓPEZ.- No, no... es imposible. ¿Cómo iba a ser ella si ya estaba en Barcelona? **(Se detiene delante del INDIVIDUO de la Funeraria.)** ¿Está usted seguro de que habló con ella el miércoles?

INDIVIDUO.- Segurísimo. Me acuerdo muy bien porque aproveché que venía aquí para visitar a un amigo que vive también en este barrio. Es relojero.

CHICA.- En este caso...

LÓPEZ.- No, no... escúchenme los dos... y, se lo ruego, no me obliguen a repetírselo: no puede ser... debe de tratarse de alguna broma... de muy mal gusto, desde luego. Mi mujer se fue a Barcelona el... ¡martes!

INDIVIDUO.- Quizás. Cuando usted lo dice... Ahora bien, aunque se marchara el martes, yo la vi y hablé con ella el... ¡miércoles!

LÓPEZ.- No me lo creo.

INDIVIDUO.- Usted no se lo crea, pero es así.

(El Hombre vuelve a recurrir a la CHICA.)

LÓPEZ.- ¿Usted qué opina?

CHICA.- Es muy raro, pero yo también hablé con ella por teléfono el miércoles y... ahora que lo ha dicho este señor... pues sí... es verdad... la persona que habló conmigo tampoco pronunciaba bien las eses.

(De nuevo hay una pausa cortante.)

LÓPEZ.- Veamos si he entendido lo que está ocurriendo. Usted, señorita, como consecuencia de haber leído un anuncio en un periódico el martes, dice que habló con una mujer que pronunciaba mal las eses el miércoles.

CHICA.- En el número telefónico de esta casa.

LÓPEZ.- (Al INDIVIDUO.) Y usted, que pretende cobrar una factura de pompas fúnebres, asegura que vio ese mismo miércoles a una señora que tenía la misma dificultad con las eses.

INDIVIDUO.- Estuve con ella en este piso... sí señor.

LÓPEZ.- Por lo demás, yo estoy casado con una mujer a la que le cuesta pronunciar las eses y que se marchó a Barcelona en avión el martes, un día antes de que usted comunicara con ella telefónicamente y de que usted viniera aquí a reclamarle ciertas facturas de una funeraria. ¿Es eso?

CHICA.- Sí, claro

INDIVIDUO.- Justo.

LÓPEZ.- Total, que de todo esto se puede deducir que alguien -ignoro con qué motivo- se ha hecho pasar por mi mujer y, para que resultara más creíble, ha imitado su dificultad de expresión con las eses.

CHICA.- Pero... ¿por qué querría...?

LÓPEZ.- Lo ignoro. En cualquier caso, lo que tendríamos que hacer sería encontrar a la persona que, por las razones que sea, ha estado usurpando la personalidad de mi mujer. ¿De acuerdo?

INDIVIDUO.- Bueno, verá, es que yo...

CHICA.- (Contestando a lo que dijo el Hombre.) A medias. De acuerdo, a medias. Porque lo más sorprendente no es esa posible usurpación, sino la insistencia en asegurar que su marido murió el mes pasado. Hasta el punto de poner un anuncio para desembarazarse del piso donde vivió con él.

INDIVIDUO.- Ah, y querer un entierro, no demasiado barato, que, además, se celebró.

LÓPEZ.- ¿Qué se celebró? ¿Y usted cómo lo sabe?

INDIVIDUO.- Mi empresa es una empresa seria. No andamos engañando por ahí a la gente. Además, lo pone aquí, en estos papeles. ¿Quiere comprobarlo?

(El Hombre casi le arrebató al INDIVIDUO los documentos, que los lee. Efectivamente, en ellos el entierro -¿el suyo?- se da por realizado.)

LÓPEZ.- Sí, lo pone.

INDIVIDUO.- (Triunfante.) ¿Lo ve? Cuando Pompas «La Infalible» pretende cobrar la factura de un entierro es porque el muerto está enterrado y bien enterrado, no le quepa duda. «La Infalible» -la misma palabra lo indica- no falla, se lo aseguro.

LÓPEZ.- Pero, ¿cómo puede enterrarse un cadáver que no existe?

INDIVIDUO.- Eso de que no existe es una apreciación suya personal y, por lo tanto, totalmente subjetiva, ¿no cree?

LÓPEZ.- Según se mire, porque... ¿me quiere usted explicar cómo pudo celebrarse mi entierro sin mí?

INDIVIDUO.- ¿A mí qué me cuenta? «La Infalible» entierra, pero no averigua. Es decir, nosotros llegamos, vemos el cadáver, lo metemos en una caja, le ponemos unos candelabros, le colocamos un crucifijo y, al día siguiente, hala, al cementerio. Si después resulta que el muerto no es el muerto porque es otro muerto, a nosotros, la verdad, nos tiene sin cuidado. Siempre que nos paguen, naturalmente. Y de esto se trata.

LÓPEZ.- ¿Insinúa usted que «La Infalible» vino a esta casa y se llevó un cadáver que no era el mío?

INDIVIDUO.- (Cargado de razón.) ¿No ha dicho usted que el suyo no podía ser? ¿En qué quedamos?

LÓPEZ.- (Rozando el absurdo.) Mire, caballero, si en esta casa hubiera habido alguna vez un entierro -tal como usted asegura- mi mujer me lo habría comunicado. Somos una pareja muy unida: nos lo contamos todo.

CHICA.- (Terciando.) A lo mejor no se lo dijo porque estaba en Barcelona.

LÓPEZ.- No; mi mujer, naturalmente, no está siempre en Barcelona. Ya he explicado mil veces que se fue... el martes. Pero antes, no; antes del martes de esta semana estaba aquí, en este piso, y estoy seguro de que, si se hubiera producido un entierro, lo habría notado. Mi señora pronuncia mal las eses, pero tiene una vista envidiable.

INDIVIDUO.- Claro, claro. En fin... no lo entiendo.

CHICA.- Ni yo.

LÓPEZ.- (Al INDIVIDUO.) Escuche: ¿fue usted quien vino a esta casa para dirigir los detalles del entierro?

INDIVIDUO.- No, no señor. Yo me dedico únicamente a pasar al cobro las facturas.

LÓPEZ.- Entonces, ¿quién vino?

INDIVIDUO.- No lo sé. Tendría que enterarme.

LÓPEZ.- ¿Y eso es muy difícil?

INDIVIDUO.- No, no mucho. Conociendo la fecha exacta... ¿Usted recuerda el día que le enterramos?

LÓPEZ.- (Furioso.) ¡Ya le he dicho...!

INDIVIDUO.- Está bien, disculpe. **(El INDIVIDUO mira a su alrededor.)** En este caso, tendría que telefonar.

LÓPEZ.- Hágalo, por favor. Seguro que se trata de una equivocación. Llame, llame, ahí está el teléfono. **(Mientras el INDIVIDUO se dirige al teléfono, el Hombre se queda mirando a la CHICA y le pregunta inesperadamente...)** ¿Seguro que no nos conocemos de algo?

CHICA.- No, no, de nada. Seguro.

LÓPEZ.- ¿No nos hemos visto en algún sitio?

CHICA.- En ninguno; tranquilícese.

(Hay una pausa para dar tiempo a que el INDIVIDUO acabe de marcar y espere a que alguien conteste. Luego...)

INDIVIDUO.- **(Al teléfono.)** Pepín, ¿eres tú? Oye, aquí Germán. Hazme un favor, ¿quieres? Mira a ver en qué fecha enterramos a un tal López Alonso.

LÓPEZ.- **(Precisando.)** «De» López Alonso, si no le importa.

INDIVIDUO.- No, no, me da igual... **(Otra vez al teléfono.)** Oye, escucha, que me dicen que es «de» López Alonso. Sí... sí... López. L de Logroño, O de Orense, P de Pontevedra, E de Extremaduray Z de Cádiz. Eso... López Alonso... «de» López Alon-so. ¿Cómo? ¿Su nombre de pila? Espera. **(A LÓPEZ.)** ¿Cuál es su nombre de pila, si me hace el favor?

LÓPEZ.- Sabino.

INDIVIDUO.- ¿Sabino?

LÓPEZ.- Sí, Sabino. ¿Ocurre algo?

INDIVIDUO.- No; ¿qué va a ocurrir? **(De nuevo al teléfono.)** Escucha, tú, que dice que Sabino. Sí... Sabino. S de Santander... Bueno, bueno, vale, no te pongas así, coño. **(Al Hombre y a la CHICA.)** Perdón. **(Al teléfono.)** Sí, Sabino «de» López Alonso, calle Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda. Sí, sí, hace un mes aproximadamente. Anda, chato, vete a ver... De acuerdo, vale, espero. **(A LÓPEZ y a la CHICA.)** Que van a ver.

LÓPEZ.- **(Como si tuviera una idea fantástica.)** Se me ocurre una cosa: si resulta que el nombre y la dirección coinciden, ¿tendría usted la bondad de preguntarle a su amigo si recuerda cómo era el difunto? En el supuesto de que él lo haya visto, claro. Porque si las características de ese señor al que enterraron el mes pasado son diferentes a las mías, asunto resuelto, ¿no les parece?

CHICA.- **(Enigmática.)** No sé qué decirle. A lo mejor no es tan fácil.

LÓPEZ.- ¿Por qué?

INDIVIDUO.- Un momento. **(Al teléfono.)** Dime, dime, Pepín. ¿Cuándo? ¿Cuándo dices que fue el entierro? ¿El doce del mes pasado por la mañana? Ya... el doce de septiembre a las diez de la mañana. ¿Y estás seguro de que ahí consta Sabino «de» López Alonso, Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda? ¿Sí? Bueno, pues vale, gracias.

(El INDIVIDUO hace ademán de colgar el teléfono, pero el Hombre se lo impide.)

LÓPEZ.- Aguarde un segundo, no cuelgue.

INDIVIDUO.- (Al teléfono.) Espera, Pepín, que no sé qué quieren.

LÓPEZ.- Pregúntele si él fue de los que se encargaron directamente del entierro y si recuerda cómo era el fallecido.

INDIVIDUO.- Está bien, como quiera. **(Otra vez al teléfono.)** Pepín, chato, que me preguntan si estuviste en la inhumación y si te acuerdas de cómo era el difunto. Ah, que sí, que estuviste... pues venga, dime: estatura normal, pelo castaño con muchas canas, bastante calvicie, más bien delgado y... mayor... muy mayor. **(La descripción física que relata el INDIVIDUO tiene que coincidir con las características del actor que interpreta LÓPEZ, de modo que este texto es variable.)** Bueno, pues gracias otra vez. Hasta luego. Sí, sí, vale, vale, vale. Adiós chato, adiós. ¡Vale! **(El INDIVIDUO cuelga el teléfono y dice de una forma innecesariamente lapidaria.)** No me gusta jorobar la vida de la gente, pero todo parece indicar que el muerto es usted.

(Vuelve a sonar -como sucedió anteriormente- el timbre de la puerta. Cuando el Hombre abre, asoman dos Tipos siniestros y, desde luego, bastante ordinarios. También - como habían hecho la CHICA y el Empleado de «La Infalible»- están consultando un papel.)

TIPO 1º.- ¿Señores López Alonso...?

LÓPEZ.- «De»

TIPO 1º.- ¿Cómo?

LÓPEZ.- (Resignado.) Nada.

TIPO 1º.- ¿Es aquí?

LÓPEZ.- Sí, aquí es.

(El TIPO 1º se vuelve al TIPO 2º y le grita con muy poquitos modos.)

TIPO 1º.- ¡¡Venga, vamos allá!! **(Después se dirige al Hombre y le pregunta.)** ¿Por dónde empezamos?

LÓPEZ.- (Entre sorprendido y alarmado.) ¿A qué se refiere?

TIPO 1º.- Está bien, no se preocupe, a nosotros nos da igual. **(Y se vuelve al TIPO 2º, chillándole.)** ¡¡Hala, coge de ahí!!

(Entre el TIPO 1º y el TIPO 2º agarran violentamente una consola antiquísima.)

LÓPEZ.- (Casi ahogado.) ¡Dios mío, la consola de la tía Enriqueta! **(Va hasta los dos Tipos intentando razonar.)** Eh, oigan, ¿qué hacen ustedes?

TIPO 1º.- ¿No lo ve?

LÓPEZ.- Sí, lo veo; por supuesto que lo veo, pero, ¿con qué autorización pretenden ustedes llevarse esta consola? ¿Es mía!

(Como LÓPEZ ha gritado bastante, el TIPO 2º -del que ya no podemos ocultar que es sordo- se ríe estúpidamente.)

TIPO 1º.- (Al TIPO 2º.) ¡Suelta, suelta un momento! ¡¡Y no te rías que me pones nervioso, joder!! **(Luego, en un loable rasgo de paciencia, le intenta explicar a LÓPEZ.)** Escuche, nosotros somos trabajadores; del gremio de mudanzas, pero trabajadores. Incluso pagamos nuestra cuota todos los meses al sindicato. A UGT, para más señas. O sea, que no moleste. A nosotros nos han dicho que nos llevemos los muebles y nos los llevamos. **(Al TIPO 2º.)** ¡¡Venga, agarra!!

LÓPEZ.- (Al TIPO 2º, que ha ido a agarrar la consola.)
¡Suelte usted inmediatamente esta consola! ¡Suéltela!

TIPO 1º.- (Ofendido.) No le grite, oiga; a mi compañero no le grite usted.

LÓPEZ.- ¿Y usted... no le grita?

TIPO 1º.- Hombre, yo le grito porque trabajamos juntos y porque, además, es sordo.

LÓPEZ.- ¿Ah, sí? Bueno, pues yo también le grito porque es sordo.

TIPO 1º.- No; usted le grita con mala intención, con una intención malísima. ¡Y no se lo consiento!

LÓPEZ.- (Conteniéndose.) Está bien: disculpe. **(Se dirige ahora amabilísimo al TIPO 2º.)** ¿Sería usted tan amable de soltar este mueble? Se trata de una consola Imperio de mi tía Enriqueta y tengo interés en que no se estropee.

(El TIPO 2º, que ha asistido al diálogo precedente sin enterarse de nada pero absolutamente feliz, sigue sonriendo y agarrado a la consola.)

TIPO 1º.- (A LÓPEZ y como ayudando.) Le advierto que si no le grita no se va a enterar.

LÓPEZ.- (Histérico.) Bueno, hasta aquí llegaron las bromas. ¡Suelten ustedes este mueble ahora mismo o llamo a la policía!

TIPO 1º.- La policía... la policía... Ustedes los ricos son como niños. No saben decir otra cosa. En cuanto les pasa algo, enseguida, hala, la policía. Como si fuera su madre. **(Al TIPO 2º.)** ¡¡Venga, tú, dale a la consola!!

(Al mismo tiempo que los dos Tipos se llevan la consola y la dejan en el rellano de la escalera, delante de la puerta de entrada, el hombre va hacia el teléfono y comenta de paso con la CHICA y el INDIVIDUO de la funeraria.)

LÓPEZ.- Increíble... Absolutamente increíble... Allanamiento de morada y robo con violencia, ¿no creen?

CHICA.- Sí, desde luego.

INDIVIDUO.- ¡Qué barbaridad!

TIPO 1º.- Voy a llamar al 091 ahora mismo. **(Pero el 091 comunica.)** Vaya, qué mala suerte, comunica.

INDIVIDUO.- Ocurre muchas veces. Un amigo mío que llamó al 091 porque le estaban desvalijando la casa, se encontró con que comunicaba.

LÓPEZ.- ¿Y qué le pasó?

INDIVIDUO.- Nada. No le pasó nada porque afortunadamente mi amigo también era policía.

CHICA.- ¿No le robaron?

INDIVIDUO.- ¡Hombre que si le robaron...!, hasta la placa, pero como era policía dio parte. Menos mal.

(Han vuelto a entrar los dos Tipos de las mudanzas quienes ahora pretenden llevarse un sillón isabelino. El Hombre, para evitarlo, suelta corriendo el teléfono y se sienta en el susodicho sillón.)

LÓPEZ.- Ah, no, de ninguna manera, eso sí que no, el sillón isabelino, no.

TIPO 1º.- Sea razonable. Nosotros cumplimos órdenes. ¿No le he dicho que somos trabajadores?

LÓPEZ.- Sí, señor, me lo ha dicho.

TIPO 1º.- Pues eso. Hay que respetar a la gente que trabaja. Si tiene usted alguna reclamación que hacer, diríjase a la agencia. Nosotros trabajamos para una agencia de transportes, ¿sabe usted?

LÓPEZ.- Me lo imagino.

TIPO 1º.- Gracias. **(Y, dando por zanjada la cuestión, le comunica al sordo a grandes voces.)** ¡¡Hala, agarra otra vez!!

LÓPEZ.- (Peleándose, como puede, con el TIPO 2°.) ¡¡Quite usted esas manos, quítelas!!

TIPO 1°.- (A LÓPEZ, dándole golpecitos en el hombro.) ¡Que no le grite usted a mi amigo, coño, que no le grite! (Al TIPO 2°, que sin saber por qué se está riendo.) ¡¡Ytú no te rías más, leches, que ya está bien!! ¡Vamos, arriba! ¡A la una, a las dos y a las...! ¡¡¡tres!!!

(Entre los dos Tipos levantan el sillón isabelino con LÓPEZ ALONSO sentado encima y emprenden el camino hacia la puerta de la calle, procurando no pisar a la CHICA ni al de la funeraria.)

CHICA.- Por favor, tengan cuidado.

INDIVIDUO.- Pues como se les caiga, se pueden matar.

(Mientras, LÓPEZ ALONSO, desde lo alto del sillón, procura mantener su sangre fría.)

LÓPEZ.- Pero, bueno, óiganme: ¿a ustedes, quién les envía? ¿Quieren explicármelo?

TIPO 1°.- Ya se lo dije, ¿no?

LÓPEZ.- No. Quiero decir que de lo de la agencia de transportes y a me he enterado, pero lo que me gustaría saber es quién encargó la mudanza.

TIPO 1°.- Ya. (Al TIPO 2°.) Venga, baja el sillón. (Los dos Tipos bajan el sillón isabelino, aunque el Hombre continúa tercamente sentado en él. Al Hombre.) Parecer que la dueña de este piso se quedó viuda el mes pasado y, como piensa venderlo o alquilarlo, quiere que le envíen los muebles a Barcelona.

LÓPEZ.- (Helado.) ¿A Barcelona?

TIPO 1°.- Sí, a Barcelona. ¿Le suena?

(Pero lo que suena es el teléfono. Aunque nada tiene de extraño que los teléfonos suenen, la verdad es que, teniendo en cuenta los rarísimos sucesos que están ocurriendo, ninguno de los personajes parece decidido a descolgar el aparato. Por fin, el INDIVIDUO de la funeraria pregunta.)

INDIVIDUO.- ¿Lo cojo?

LÓPEZ.- Hágame el favor.

(El empleado de las pompas fúnebres se acerca al aparato telefónico y lo descuelga.)

INDIVIDUO.- Dígame. **(Escucha un poco la respuesta y luego dice, refiriéndose a LÓPEZ)** Es para usted.

LÓPEZ.- **(Apreensivo.)** ¿De parte de quién?

INDIVIDUO.- Su señora.

(No hace falta añadir algo más. Se ha producido un silencio expectante. El HOMBRE, sin prisas y aparentando dominar la situación, llega hasta el teléfono.)

LÓPEZ.- Ahora se aclarará todo... supongo. (**Coge el auricular y habla.**) Hola, Mabel, ¿eres tú...? Vaya, me alegro. ¿Desde dónde llamas...? Sí, sí, claro, ya sé que estás en Barcelona. ¿Cómo sigue tu hermana...? Estupendo... ¿Cómo...? No, no es un amigo... Es... bueno... un señor que casualmente está ahora en casa y que ha cogido el teléfono... Sí... sí... verás... es que no es fácil de explicarlo. Mabel, escúchame... Mira, desde que te fuiste están ocurriendo unas cosas muy extrañas. Sí, como lo oyes. Primero ha venido una chica diciendo que habías puesto un anuncio en los periódicos para vender o alquilar este piso y que había hablado contigo por teléfono. Luego se ha presentado un señor pretendiendo cobrar no sé qué recibo de un entierro... sí... sí, uno de una funeraria... «La Infalible» o algo parecido... ¿Cómo? ¿Que de qué entierro se trata...? Ah, pues esto es lo más chocante, según él... ¡del mío! Dice que se trata de mi entierro, figúrate... Claro... claro... eso le he dicho yo. Bueno, pues nada, asegura que habló contigo el miércoles... Sí... contigo... aquí en casa. Por supuesto que le he explicado que te fuiste a Barcelona el martes. Ya, si yo mismo te acompañé al aeropuerto... Nada... inútil. Ah, bueno, y espera... encima hay aquí dos tipos que se quieren llevar la consola de la tía Enriqueta y el sillón isabelino que compramos en aquella subasta del Hostal de los Reyes Católicos en Santiago porque insisten en que tú les has encargado una mudanza... Sí, eso... una mudanza, porque... porque... ¡te has quedado viuda! Como te lo cuento... Ya... claro, pero, ¿quién puede tener tan mal gusto como para gastarnos una broma de este calibre...? Sí, sí, evidente... pero es que no me creen; Mabel, no me creen... De acuerdo, de acuerdo... me parece bien. Espera. (**Deja de hablar por teléfono para dirigirse a los otros personajes.**) Por favor, ¿quién de ustedes quiere hablar con mi mujer para cerciorarse de que estamos diciendo la verdad?

(**Los Tipos de la mudanza, la CHICA y el de la funeraria se miran inquietos. Por fin, la CHICA se decide.**)

CHICA.- Yo misma.

LÓPEZ.- Muy bien. (**Al teléfono.**) Mabel, cariño, te paso con la chica que vino por el supuesto anuncio.

(La CHICA toma el auricular que el HOMBRE le ofrece, a la vez que se produce una perceptible tensión, una inevitable mezcla de intriga y de curiosidad.)

CHICA.- (Al teléfono.) Sí... diga... diga... dígame... ¿Me oye usted? Oiga... ¿me escucha...?, ¿me escucha...? Conteste. **(Pausa.)** Ha colgado.

(Después de decir la CHICA esta última frase, todos miran al Hombre sospechosamente.)

LÓPEZ.- (Casi balbuceando.) Supongo... supongo... que no creerán ustedes que estoy loco. He hablado con mi mujer... les juro que he hablado con mi mujer... No comprendo por qué se le ha ocurrido colgar... no lo entiendo... Hablé con ella... de veras. **(Se vuelve, angustiado, hacia el empleado de la funeraria.)** Y usted también. ¿Recuerda? El teléfono lo tomó usted cuando... cuando... sonó. Fue usted quien me dijo que me llamaba mi mujer... ¿no es cierto?

INDIVIDUO.- (Dudando.) Sí... sí... claro. Ella me dijo que era su señora, pero... pero... yo no puedo saber si me estaba engañando o no.

(Vuelve a haber otra pausa larga. El Hombre tiene la impresión de que está viviendo un mal sueño, una pesadilla interminable.)

CHICA.- Perdone, se me ocurre una cosa: ¿por qué no la llama usted? **(El Hombre está lejos, como si se hubiese perdido en un rincón olvidado de su infancia o algo así. Ella insiste.)** ¿Me ha oído?

LÓPEZ.- (Regresando.) Sí, sí... ¿Decía?

CHICA.- Le estaba aconsejando que llamara a su mujer.

LÓPEZ.- ¿Yo?

CHICA.- Claro. ¿Está seguro de que ha hablado con ella?

LÓPEZ.- Por supuesto; lo estoy.

CHICA.- Bien; entonces, llámela. Puede que haya tenido alguna razón para colgar. Algo que nosotros ignoramos. Aparte de que... Bueno... a lo mejor ni siquiera ha colgado. Simplemente que... que... la comunicación... se cortó.

LÓPEZ.- Sí, es posible.

TIPO 1º.- (**Pensativo, pero con un razonamiento aplastante.**) No lo veo claro. Si se hubiera cortado la comunicación, como usted dice, su señora habría vuelto a llamar, ¿no?

INDIVIDUO.- Natural. Yo, cuando llamo a mi familia de Oviedo, en Navidades, si se corta vuelvo a marcar.

(**El TIPO 2º le pregunta al TIPO 1º por señas lo que sucede, y éste le responde a gritos.**)

TIPO 1º.- (**Al TIPO 2º.**) ¡¡Nada, no pasa nada!! ¡¡Luego te cuento!!

(**La CHICA se dirige de nuevo al Hombre.**)

CHICA.- De todas formas, ¿por qué no prueba? Dice usted que está en Barcelona.

LÓPEZ.- Sí.

CHICA.- En casa de su hermana.

LÓPEZ.- Sí.

CHICA.- Que está enferma.

LÓPEZ.- Sí, sí, con hepatitis: eso es.

CHICA.- ¿Y no tiene usted su número?

LÓPEZ.- ¿El del teléfono? Claro, claro que lo tengo.

CHICA.- Pues llámela. Así saldrá de dudas.

(El Hombre va a un pequeño -y bonito- escritorio Chippendale de donde toma una cuidada libreta de teléfonos. Luego, lentamente, como si tuviera toda la vida -o toda la muerte- por delante, marca un número de Barcelona. Al cabo de unos segundos se supone que alguien contesta.)

LÓPEZ.- Oiga, ¿es el 93-239-19-40 de Barcelona? ¿Sí? Por favor, ¿con quién hablo? Ah, ¿que es usted una amiga de Maite? Sí, sí, ya sé que está en cama... con hepatitis, sí. Necesito hablar con mi mujer, Mabel, que es hermana de Maite y que está ahí, cuidándola... ¿Cómo? ¿Que está usted sola con Maite...? Ya... pues es muy extraño, porque hace apenas cinco o diez minutos me llamó mi mujer desde Barcelona... Sí, sí, desde casa de su hermana... ¿Qué...? No, saberlo con seguridad no lo sé... lo supongo... Si me hubiera llamado desde algún otro lugar me lo habría dicho. Oiga, a lo mejor salió un momento y usted no la ha visto. ¿Le importaría preguntarle a Maite...? Sí, sí, desde luego... no cuelgo. **(Se encuentra mal, tiene la boca seca y un sudor frío empieza a humedecerle la frente. Aun así, procura sonreír a los demás.)** Ha ido a preguntarle a la hermana de mi mujer. No tardará.

CHICA.- No se preocupe. Es muy posible que haya pasado lo que usted ha dicho. Sí... habrá salido de la casa y... bueno... esta amiga de su cuñada no se ha enterado.

TIPO 1º.- Ya, ya, pero, ¿para qué tenía que salir? No lo entiendo.

CHICA.- Para miles de cosas... no sé... para... para comprar algo, por ejemplo.

INDIVIDUO.- Es muy extraño, ¿no creen? Aquí la esposa de este señor llama para hablar con él, luego cuelga cuando usted **(Por la CHICA.)** se pone al teléfono y después se va a la calle de compras sin perder un minuto.

TIPO 1º.- Dejando a su hermana enferma con una amiga tan cegata que ni siquiera la ve salir. Rarísimo. **(El TIPO 2º tira de la manga del TIPO 1º porque sigue sin enterarse de lo que ocurre, y éste le grita hasta perforarle el tímpano. Al TIPO 2º.)** ¡¡Después te lo explico, guapo, estate quieto!!

(Pero probablemente al otro lado del teléfono, desde Barcelona, están ya hablando porque el HOMBRE responde.)

LÓPEZ.- (Al teléfono.) Sí, sí, dígame. **(Hay de nuevo una pausa larga mientras el HOMBRE, gravemente impresionado, escucha lo que le están contando.)** ¿De manera que mi mujer no está ahí? ¿Seguro...? Bien, bien, discúlpeme. Desde luego, si lo dice Maite No, no voy a dejar ningún recado... ¿Cómo...? No, por favor, dígame a Maite que no se preocupe... No, no; no era urgente. Dele recuerdos de mi parte y que se mejore... Gracias, gracias. Adiós.

(El Hombre parece envejecido de repente. Las bolsas de sus ojos están más hinchadas que nunca, las manchas de la piel -esas malditas flores de tumba- parecen extenderse por su rostro ávidamente, y el surco de los años ha profundizado sin piedad sus párpados, sus mejillas y su cuello. La CHICA se acerca a él y le pone suavemente una mano sobre el brazo.)

CHICA.- ¿No está?

LÓPEZ.- No. Ni está ahora ni estuvo nunca. La última vez que visitó a su hermana fue hace seis meses.

(Con muy poquita gracia, el TIPO 1º silba entre dientes y el TIPO 2º le imita por espíritu de cuerpo. Casi de inmediato se escucha una nueva llamada al timbre de la puerta. Es posible que un viejo reloj de cuco suizo marque la hora. Todos parecen esperar que el timbre suene otra vez. Pero no. Da la impresión de que quien acaba de llamar se ha arrepentido de haberlo hecho. Finalmente, el TIPO 1º - sintiéndose poseedor del físico más dotado- va a la puerta de la calle y la abre: misteriosamente, el descansillo de la escalera está vacío.)

TIPO 1º.- Nadie. (Todos se miran en silencio como si estuvieran interpretando una apasionante película de Hitchcock. Inmediatamente descubre algo tirado en el suelo, junto a la puerta.) Aquí, en el suelo, hay un periódico.

LÓPEZ.- Sí, el portero me sube el diario todas las mañanas. Como a otros vecinos. Tiene la costumbre de dejarlo debajo de la esterilla de la puerta y de tocar el timbre para avisarme.

TIPO 1º.- (Impreciso.) ¡Qué bien!

(Y, con el periódico en la mano, cierra la puerta y avanza unos pasos. De manera inesperada, el empleado de las pompas fúnebres advierte algo que le intriga.)

INDIVIDUO.- (Al TIPO 1º.) ¿Me permite el periódico, por favor?

(El TIPO 1º le entrega el periódico al INDIVIDUO, quien lo observa cuidadosamente. Nadie se atreve a hablar.)

CHICA.- ¿Ocurre algo?

INDIVIDUO.- No, no... nada... nada especial.

CHICA.- Entonces...

(El INDIVIDUO le pregunta al Hombre.)

INDIVIDUO.- ¿Es usted suscriptor de este periódico?

LÓPEZ.- Sí, desde hace mucho tiempo. ¿Por qué?

INDIVIDUO.- ¿Lo recibe todas las mañanas?

LÓPEZ.- Por supuesto. Ya se lo dije antes. ¿No me oyó?

INDIVIDUO.- (Ambiguo.) Sí, sí... le oí... le oí...

TIPO 1º.- ¿Qué pasa? **(El TIPO 2º le da un codazo al TIPO 1º para hacerse notar y aquel le chilla de mala manera.)** ¡¿Te vas a callar?! ¡¿No ves que yo tampoco me entero de nada?!

(Luego hay una breve pausa que rompe la CHICA.)

CHICA.- **(Al INDIVIDUO.)** ¿Qué le sorprende?

INDIVIDUO.- **(Hablando despacio.)** Bueno, pues que... el ejemplar que reciben diariamente los suscriptores de los periódicos de esta ciudad, está siempre doblado de la misma manera para que, al abrirlo, quede a un lado la primera página y al otro la última. Y, además, acostumbra a llevar una especie de franja sujetándolo, con el nombre y la dirección del suscriptor.

CHICA.- **(Sonriente.)** Sabe usted mucho de periódicos.

INDIVIDUO.- **(También sonriente.)** Leo con gran interés las defunciones.

TIPO 1º.- **(Sugestionado por lo que ocurre.)** ¿Y este periódico que tiene usted en la mano...?

INDIVIDUO.- **(Hablando todavía más despacio que antes y con una cierta ironía casi teatral.)** Nada. Ni lleva franja... ni está doblado como suele hacerse... ni la primera página... ni la última... Nada. Da la impresión de que alguien lo dobló de otra forma porque quería destacar una noticia.

(El Hombre -después de una pausa- dice con muy poquita voz.)

LÓPEZ.- ¿Una noticia? ¿Cuál?

(El INDIVIDUO le pasa el periódico a la CHICA quien, después de mirarlo unos segundos, se lo entrega al Hombre, el cual saca unas gafas de montura dorada y lee para sí cuidadosamente. El silencio acaba por poner nervioso al TIPO 1º que recibe, además, una violenta patada del TIPO 2º.)

TIPO 1º.- ¿Me quiere alguien explicar qué coño pasa? (Al TIPO 2º.) ¡¡Estate quieto, joder!!

(El Hombre lee ahora en voz alta.)

LÓPEZ.- «El próximo lunes, a las diez y media de la mañana, se celebrará en la iglesia de San Cosme un solemne funeral por el eterno descanso de don Sabino de López Alonso, fallecido el pasado doce de septiembre en esta ciudad, habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición apostólica. Su desconsolada esposa, doña María Isabel Flores Izquierdo, ruega a parientes y amigos una oración por su alma».

(Llega de lejos una música. Al Hombre le parece reconocer el «Concierto para piano nº 21 en Do mayor» de Mozart, aunque no está seguro. ¿Por qué? ¿Por qué tiene que sonar ese concierto que él adora? ¿Y de dónde sale? ¿De qué misterioso, oculto e inalcanzable lugar llegan esas notas fantásticas y excitantes? Una voz le devuelve a la realidad.)

CHICA.- Lo siento.

(El INDIVIDUO y los Tipos de las mudanzas empiezan a tener prisa en marcharse.)

INDIVIDUO.- Y yo. Le acompaño en el sentimiento.

TIPO 1º.- Lo mismo digo.

INDIVIDUO.- En fin...

TIPO 1º.- Los muebles se los dejamos. Ya volveremos en otra ocasión. No hay prisa.

INDIVIDUO.- No, no, ninguna. Pasaré a cobrar una tarde de estas. Con la excusa de venir a ver a un amigo que vive cerca... el del reloj... ya sabe.

TIPO 1º.- Sí, señor, buenos días. Hasta otra. **(Han llegado a la puerta. El TIPO 2º sigue sin aclararse y su interés es sofocado por las voces de su compañero, que le ordena.)** ¿Te vas a callar, me cagien la leche?!

(El empleado de la funeraria y los dos Tipos desaparecen. La CHICA habla cariñosamente al Hombre, como si en su voz hubiera una grieta sin cerrar.)

CHICA.- ¿Puedo hacer algo por usted?

(El Hombre levanta la cabeza pausadamente.)

LÓPEZ.- Pues... no... creo que no... muchas gracias. **(La CHICA -que no ha dejado de sonreír- camina hacia la puerta. Cuando está a punto de marcharse, el Hombre insiste.)** ¿Realmente no nos hemos visto nunca?

CHICA.- No, no creo: me acordaría.

(La puerta se cierra detrás de la CHICA. Oímos más claramente el «Concierto» de Mozart. El Hombre se siente solo, perdido; da unos pasos en la habitación como buscando algo. ¿Qué? Nada, seguramente. Luego, con ese esfuerzo terrible de los convalecientes al levantarse de la cama, coge la toalla y la navaja -abierta- que había dejado sobre una mesa muy William Morris y desaparece hacia las habitaciones interiores, en donde se supone que están el baño y el dormitorio.

No tarda en sonar de nuevo el timbre de la puerta de la calle. Al poco tiempo aparece ahora, por el mismo sitio por donde se fue el Hombre, una Mujer. Madura. Elegante. Serena. Se dirige a la puerta, observa por la mirilla y abre.

En el umbral está la CHICA, la misma que acaba de marcharse y la misma del principio de la obra. Es decir, la misma de antes y la misma de siempre.)

CHICA.- Buenos días. Vengo por el anuncio.

MUJER.- Sí, claro, pase. La estaba esperando.

(A la Mujer le cuesta pronunciar las eses; le silban extrañamente. La CHICA entra y avanza mirando el salón.)

CHICA.- Es un piso antiguo muy bonito.

MUJER.- Sí. Por desgracia lo tengo que vender o alquilar. No quiero seguir utilizándolo. Mi marido se suicidó aquí con una navaja. El mes pasado.

(El «Concierto» de Mozart estalla por todos los rincones.)

TELÓN

Segunda Parte

Ha pasado algún tiempo, o ninguno, depende de cómo quiera entenderse. En esta obra el desarrollo temporal escapa de cualquier convencionalismo. En todo caso, estamos en el mismo lugar de la primera parte. Nada se ha modificado. La mujer que vimos abrir la puerta -MABEL, esposa de LÓPEZ ALONSO- está ahora sentada leyendo un periódico. Se escucha de nuevo, -como al principio de la representación-, el «Concierto para piano n° 21 en Do mayor», de Mozart. Después de una pausa, aparece LÓPEZ ALONSO. Algo en su aspecto hace suponer que acaba de levantarse.

LÓPEZ.- ¿Quién era?

MABEL.- ¿Cómo?

LÓPEZ.- ¿No llamaron a la puerta?

MABEL.- No.

LÓPEZ.- Me había parecido.

MABEL.- Pues no.

(El Hombre se dirige, mientras habla, a una mesa sobre la que hay un mantel, unos platos, unas tazas y unos cubiertos.)

LÓPEZ.- ¿Puedo desayunar?

MABEL.- Sí, claro, ahora mismo te traigo el café. **(Mientras el Hombre se sienta a la mesa, la Mujer desaparece por una puerta que se supone conduce a las dependencias interiores. El Hombre unta con mantequilla una tostada a la vez que seguimos escuchando a Mozart. Al cabo de unos segundos aparece la Mujer con una cafetera.)** El café.

LÓPEZ.- Gracias.

(La Mujer sirve el café y luego vuelve a sentarse donde estaba, a leer el periódico.)

MABEL.- ¿Se han quedado frías las tostadas?

LÓPEZ.- No.

MABEL.- ¿Quieres otras?

LÓPEZ.- No, no... está bien así. **(Una pausa más bien larga con Mozart como protagonista y el chasquido de las tostadas, quebrándose en la boca de LÓPEZ, de fondo.)** ¿Estás segura?

MABEL.- ¿De qué?

LÓPEZ.- De que no llamaron a la puerta.

(La Mujer levanta los ojos del periódico y se queda mirado fijamente a su marido.)

MABEL.- ¿Qué quieres decir?

LÓPEZ.- Oí un timbre.

MABEL.- ¿Un timbre?

LÓPEZ.- Sí... el de la puerta.

MABEL.- Ya te he dicho que no.

LÓPEZ.- Y unas voces... también oí unas voces.

MABEL.- Imposible.

LÓPEZ.- Me pareció.

MABEL.- ¿Dónde estabas?

LÓPEZ.- En el cuarto de baño... afeitándome.

MABEL.- ¿Tenías el grifo abierto?

LÓPEZ.- Tal vez.

MABEL.- No se pueden oír unas voces desde el cuarto de baño. Y menos con el grifo abierto.

(Ante lo inapelable de este contundente razonamiento, continúa leyendo el periódico. El Hombre bebe unos sorbos de café mientras el concierto sigue sonando. De repente dice.)

LÓPEZ.- Ahora lo recuerdo.

MABEL.- ¿Qué?

LÓPEZ.- Tenía el grifo cerrado. Sí, tenía el grifo cerrado porque estaba afilando la navaja de afeitarse. Entonces oí el timbre de la puerta...
y unas voces.

MABEL.- ¿Qué voces?

LÓPEZ.- Femeninas. Supuse que eras tú hablando con alguien.

(La Mujer mira a su marido como si empezara a sospechar que éste sufre alucinaciones.)

MABEL.- Oye, te estoy diciendo la verdad. ¿Por qué iba a engañarte? Nadie ha llamado a la puerta y nadie ha hablado conmigo. ¿Te lo juro?

LÓPEZ.- No hace falta.

MABEL.- Gracias.

LÓPEZ.- Perdona. **(Otra pausa, sólo cubierta por el bellissimo sonido de la música.)** No sé qué me pasa últimamente: hablo solo, pierdo la memoria, confundo las cosas... estoy viejo.

MABEL.- En marzo Jaime te hizo un chequeo y te encontró muy bien.

LÓPEZ.- Jaime está tan viejo como yo: todavía cree en los análisis.

(La Mujer sonrío un poquito.)

MABEL.- ¿Has terminado de desayunar?

LÓPEZ.- Sí.

MABEL.- ¿Te sirvo más café?

LÓPEZ.- No, no me conviene: me sube la tensión.

MABEL.- Voy a recoger la mesa. **(Y se levanta a recoger el servicio del desayuno. El Hombre va al tocadiscos y lo apaga. Luego enciende un cigarrillo.)** Fumas demasiado.

LÓPEZ.- Disculpa; a lo mejor querías seguir escuchando el concierto.

MABEL.- Fumas demasiado y no deberías.

LÓPEZ.- No, no debería... supongo.

MABEL.- No me importa que hayas quitado el concierto: no lo estaba escuchando.

(Hace mutis con una parte del desayuno ya recogido. El Hombre va al tocadiscos y vuelve a poner el «Concierto» de Mozart. Al cabo de unos breves momentos regresa la Mujer, que sigue recogiendo el desayuno.)

LÓPEZ.- He vuelto a poner a Mozart.

MABEL.- Ya.

LÓPEZ.- Como no lo estabas escuchando...

MABEL.- Lo malo del tabaco es que te va envenenando poco a poco.

LÓPEZ.- Entonces lo voy a quitar.

MABEL.- ¿El qué?

LÓPEZ.- A Mozart.

MABEL.- ¿Por qué no dejas de fumar?

LÓPEZ.- Lo quito.

MABEL.- Gracias.

(El Hombre quita la música otra vez y la Mujer vuelve a hacer mutis con los restos del desayuno. El Hombre va a la puerta de la calle, parece que va a abrirla -tal vez llegue a observar por la mirilla-, pero no lo hace. Después coge el periódico que había dejado su mujer y se sienta a leerlo. La Mujer regresa enseguida y se dispone a realizar una labor doméstica.)

LÓPEZ.- ¿Ya habías leído el periódico... ¿no?

MABEL.- Sí.

LÓPEZ.- No trae nada interesante.

MABEL.- No.

(Luego de esta coincidencia en sus opiniones sobre el contenido del periódico, se produce un silencio. Más tarde...)

LÓPEZ.- Anoche tuve un sueño.

MABEL.- ¿Sí?

LÓPEZ.- Soñé que me había muerto.

MABEL.- A mí me ocurre con frecuencia.

LÓPEZ.- ¿También?

MABEL.- Unas veces me caigo por un precipicio... otras tengo un accidente... Una noche soñé que me ahogaba en el cuarto de baño y que el agua de la bañera se ponía azul. Un azul intenso, ¿sabes?, como el de ese vestido que quise ponerme para la fiesta que dieron los Bermúdez el día que se casó su hijo y tú no me dejaste.

LÓPEZ.- Exageras. Te dije simplemente que los Bermúdez habían pintado su casa de verde manzana y que el color de tu traje iba a desentonar.

MABEL.- De todas formas, el agua de la bañera se tiñó de azul. En mi sueño... claro.

LÓPEZ.- Claro. **(El Hombre sigue leyendo y la Mujer continúa con la ocupación que había iniciado.)** ¿Has visto las esquelas?

MABEL.- Por encima.

LÓPEZ.- Siempre las leo, no puedo evitarlo. A mi edad... se mueren los amigos...

MABEL.- Es triste.

LÓPEZ.- Mucho. Un día... hace poco... en el mes de septiembre, me parece...

MABEL.- ¿Lo recuerdas?

LÓPEZ.- Fue una mañana de mucho viento y el aire derribó un tiesto de geranios que teníamos en el balcón.

MABEL.- Es verdad. Tuvimos mucha suerte de que no pasara alguien por debajo.

LÓPEZ.- Bueno, pues ese día tuve la impresión de que el diario publicaba mi nombre.

MABEL.- ¿En una esquila?

LÓPEZ.- Sí. Era un error, naturalmente. Ponía... Sabino López... Torres... no Alonso. Figúrate.

MABEL.- Qué susto, ¿no?

LÓPEZ.- ¡Vaya! No me hizo gracia... ninguna.

MABEL.- Lo comprendo. **(Suena el timbre del teléfono, MABEL se levanta y descuelga el aparato.)** Dígame... Sí, sí soy yo, dígame. ¿Cómo...? ¿Qué pasa...? **(El tono de MABEL es francamente alarmado, el Hombre pregunta por señas lo que ocurre y la Mujer le indica, igualmente por señas, que espere un momento mientras continúa la conversación telefónica.)** ¿Es grave...? Ya... Sí, sí, claro, los médicos nunca se comprometen... Entiendo... entiendo... estas cosas son muy desagradables... ¿Qué...? Sí, sí, voy a hacer todo lo posible... desde luego. Me hago cargo de que usted no puede ocuparse... lo entiendo... Claro, claro, el marido... los hijos... No se preocupe. Gracias por haberme avisado y, por favor, dele un beso de mi parte... Yo llamaré, descuide. Adiós... adiós... hasta pronto. **(La Mujer cuelga el auricular y le dice a su marido.)** Era una amiga de mi hermana. Maite está enferma... con hepatitis. Creo que tendré que irme a Barcelona.

(El Hombre parece profundamente sorprendido, casi impresionado.)

LÓPEZ.- ¿A Barcelona?

MABEL.- Sí. Maite vive en Barcelona. Desde hace catorce años por lo menos. ¿Qué te pasa?

LÓPEZ.- Es que... no estoy muy seguro, pero... me parece recordar...

MABEL.- ¿Qué?

LÓPEZ.- Que en ese sueño... tú... tú... estabas en Barcelona.

MABEL.- ¿Te refieres a ese sueño en el que te habías muerto?

LÓPEZ.- Sí.

MABEL.- ¿Y qué tenía que ver tu muerte con que yo estuviera en Barcelona?

LÓPEZ.- No lo sé... no lo sé... Todo es muy confuso. No es fácil acordarse de los sueños... de todo lo que ocurre cuando sueñas, pero...

MABEL.- ¿...Pero?

LÓPEZ.- Estoy casi seguro de que habías ido a Barcelona a cuidar de tu hermana: Maite tenía hepatitis.

(MABEL tarda en reaccionar.)

MABEL.- Una coincidencia. A veces, los sueños...

LÓPEZ.- Sí, a veces.

(LÓPEZ se levanta y va hacia la puerta interior.)

MABEL.- ¿Te vas?

LÓPEZ.- A sacar al perro. Como todas las mañanas.

MABEL.- Muy bien.

LÓPEZ.- Bajaré por el montacargas. No quiero tener problemas con los vecinos. No les gustan los perros.

MABEL.- Sí, ¡qué fastidio!

(Cuando el Hombre está a punto de hacer mutis hacia las habitaciones interiores, dice todavía.)

LÓPEZ.- ¿Cuándo piensas irte a Barcelona?

MABEL.- Lo antes que pueda. Hoy mismo, seguramente.

LÓPEZ.- No tardaré.

MABEL.- Voy a enterarme de los vuelos que hay . Veremos.

LÓPEZ.- En cuanto le haya dado unas vueltas, volveré.

MABEL.- No te molestes.

LÓPEZ.- ¿Querrás que te acompañe al aeropuerto?

MABEL.- Si puedes...

LÓPEZ.- Hasta ahora.

(El Hombre se va y la Mujer vuelve al teléfono, y marca un número después de consultar una pequeña guía o agenda. Luego, habla.)

MABEL.- **(Al teléfono.)** ¿Información de Aviaco? Por favor, ¿podría usted indicarme qué vuelo hay esta tarde a Barcelona? Sí, sí, un momento, voy a tomar nota. **(La Mujer coge un bolígrafo y escribe lo que alguien, al otro lado del teléfono, le informa.)** Diga, por favor... Sí... sí... sí... muy bien, gracias. Las veintidós cuarenta y cinco... Eso es... Gracias de nuevo. Ah, una cosa: ¿hago la reserva o puedo sacar el billete en el aeropuerto? De acuerdo, de acuerdo. No cree usted que haya problemas... Adiós. Gracias.

(La Mujer cuelga. Luego va al tocadiscos y vuelve a poner el «Concierto para piano n° 21 en Do mayor» de Mozart. Después sale en dirección a las dependencias interiores. Al cabo de un tiempo prudencial suena el timbre de la puerta de la calle. Regresa la Mujer y abre. Entonces descubrimos al INDIVIDUO.- El mismo empleado de la funeraria que ya conocemos de la primera parte de esta obra.)

INDIVIDUO.- Buenos días. ¿O... tardes?

MABEL.- Días.

INDIVIDUO.- Días. Buenos días.

MABEL.- ¿Y...?

INDIVIDUO.- ¿Puedo pasar?

MABEL.- Es que...

INDIVIDUO.- No la entretendré mucho.

MABEL.- ...Había empezado a hacer mi equipaje.

INDIVIDUO.- (Pensativo.) Ah, había empezado a hacer su equipaje.

MABEL.- Sí.

INDIVIDUO.- (Insistiendo en pasar.) ¿Me permite?

MABEL.- (Nada segura de hacer bien.) Pase. **(El INDIVIDUO entra y la Mujer cierra la puerta tras él.)** Usted dirá.

INDIVIDUO.- (Cautelosamente.) Hoy es viernes. O... ¿no es viernes?

MABEL.- No sé.

INDIVIDUO.- ¿Lo ve? Es viernes.

MABEL.- No discutamos. ¿Qué desea?

INDIVIDUO.- ¿No me dijo usted que volviera el viernes?

MABEL.- ¿Yo?

INDIVIDUO.- Sí. Vine el miércoles y usted me pidió que volviera el viernes.

MABEL.- (Cada vez más extrañada.) ¿Le pedí?

INDIVIDUO.- El miércoles tenía usted unos problemas de liquidez. Nada importante... espero. **(El INDIVIDUO ha dicho esta última frase como deseando una respuesta a su implícita pregunta, pero, como la mujer permanece callada, decide continuar.)** Cuestión de fondos, naturalmente. En fin... me dijo que prefería que volviera hoy... viernes.

MABEL.- (Intentando comprender algo.) Ya.

INDIVIDUO.- Perdone... ¿ha dicho...?

MABEL.- (Que intenta ganar tiempo.) He dicho... «Ya».

INDIVIDUO.- Estupendo. (Y sigue después de una pausa, queriendo hacerse el simpático.) De modo que... ¡aquí estoy!

(Otra pausa. El INDIVIDUO empieza a sentirse desconcertado mientras que la Mujer continúa pensativa. Por fin, esta reacciona.)

MABEL.- ¿Le molesta la música?

INDIVIDUO.- ¿Qué? ¿La música? No, no me molesta. Bueno... casi nada.

MABEL.- Voy a quitarla, de todas formas.

INDIVIDUO.- Bien.

(La Mujer va al tocadiscos y lo apaga. Luego dice.)

MABEL.- Escuche: yo nunca le he dicho que volviera usted el viernes.

INDIVIDUO.- ¿No?

MABEL.- No. Porque tampoco le he visto el miércoles. En realidad, yo no le he visto a usted... nunca.

INDIVIDUO.- Imposible.

MABEL.- ¿Imposible?

INDIVIDUO.- Sí, imposible; porque si yo la he visto a usted, usted me ha visto a mí.

MABEL.- ¿Cómo lo sabe?

INDIVIDUO.- Nos hablamos aquí... el miércoles. (Hay una pausa que el INDIVIDUO rompe finalmente.) ¿Puedo sentarme? (El INDIVIDUO se sienta, abre la carterita negra que siempre lleva consigo y saca unas facturas que entrega a la mujer quien, a su vez, también se ha sentado.) Estas... estas facturas.

MABEL.- (Mirándolas.) Ya veo.

INDIVIDUO.- (Sonriente.) Entonces...

MABEL.- (Algo impaciente.) Siga.

INDIVIDUO.- ¿Piensa pagarlas?

MABEL.- No recuerdo que tenga ninguna factura por pagar.
(Mirándolas de nuevo.) ¿De qué son?

INDIVIDUO.- De un entierro.

MABEL.- ¿Entierro?

INDIVIDUO.- Nosotros enterramos a una persona que vivía en esta casa... **(Interrumpiéndose de pronto.)** ¿Mauricio Roldán veinticinco?

MABEL.- Sí.

INDIVIDUO.- ¿Tercero izquierda?

MABEL.- Sí.

INDIVIDUO.- (Contundente.) Bueno, pues que murió en esta casa el doce de septiembre de este año.

MABEL.- Debe de haber alguna confusión. Nadie se ha muerto en esta casa... nadie.

INDIVIDUO.- (Harto.) Mire, yo comprendo su estado de ánimo y lamento muchísimo que su marido...

MABEL.- ¿Mi marido?

INDIVIDUO.- Pero nosotros le enterramos. Y lo que se entierra... se cobra. Puede que no sea una frase muy misericordiosa, pero... es el lema de nuestra empresa, compréndalo. «La Infalible» es así: todo un carácter.

(La Mujer se ha quedado inmóvil contemplando al INDIVIDUO. Luego dice lo más serena posible.)

MABEL.- Mi marido ha salido a pasear al perro.

INDIVIDUO.- (Estupefacto.) ¿Cómo dice?

MABEL.- Es un Yorkshire... un perro pequeño.

INDIVIDUO.- (Con dificultades de coordinación mental.) Su marido está muerto... «La Infalible» lo enterró y... y, cuando uno está muerto y enterrado, no puede salir a pasear al perro, aunque... aunque... sea un perro pequeño.

MABEL.- (Estallando.) ¡No estoy loca, no le he visto a usted en mi vida y esta es mi casa! ¡De modo que cuando le digo que mi marido ha salido a pasear al perro es porque ha salido a pasear al perro! ¡¿Está claro?!

INDIVIDUO.- No se excite, señora, por favor. Hágase cargo: a mí me mandan que vaya a cobrar unas facturas y yo voy. Y si, además, me dicen que el fallecido se llamaba Sabino López Alonso pues yo, naturalmente, me lo creo. Disculpe, pero... ¿su marido no se llamará por casualidad Sabino López Alonso?

MABEL.- Pues sí, mi marido se llama Sabino «de» López Alonso, y no es por casualidad.

INDIVIDUO.- De modo...

MABEL.- De modo... que... ¡nada! Aunque mi marido se llame así y aunque el caballero que ustedes enterraron también se llamara así, ¡le repito que mi esposo está vivo y que se fue a pasear al perro!

INDIVIDUO.- (Conciliador.) Como quiera; no se enfade. **(Ahora, aplastante.)** Pero... ¡Yo hablé con usted el miércoles!

MABEL.- ¡No es verdad!

INDIVIDUO.- ¡Sí que lo es! ¡Estuve en este piso, hablé con usted y... y... bueno... lo siento... pero ya entonces pronunciaba usted mal las eses.

MABEL.- (Herida.) ¿Cómo ha dicho?

INDIVIDUO.- (Ineducado.) Que el miércoles pronunciaba usted mal las eses, y hoy viernes... también.

MABEL.- (Como disculpándose.) De niña... me viene desde niña.

INDIVIDUO.- Perdone.

MABEL.- No tiene importancia.

INDIVIDUO.- Es igual; con eses o sin eses, nosotros hablamos el miércoles: palabra.

(En este momento suena el timbre de la puerta de la calle y la Mujer -aunque tarda mucho- abre por fin. Cuando lo hace... allí están los dos Tipos de la agencia de mudanzas que ya intervinieron en la primera parte de esta obra.)

TIPO 1º.- Somos los de la mudanza.

MABEL.- ¿Quiénes?

TIPO 1º.- De la mudanza. **(Mira una papel en el que trae apuntada la dirección.)** ¿Este no es el tercero izquierda de la calle Mauricio Roldán veinticinco?

MABEL.- Sí.

TIPO 1º.- **(Al TIPO 2º, a la vez que cruzan la puerta.)** ¡Venga, manos a la obra! ¡Adelante!

MABEL.- Eh, un momento, un momento... ¿Qué van a hacer?

TIPO 1º.- ¿Por dónde empezamos?

MABEL.- Pero, empezar... ¿qué?

TIPO 1º.- ¿Usted no llamó a nuestra agencia para un transporte de muebles?

MABEL.- ¿Yo?

(El TIPO 2º le da golpecitos en el hombro al TIPO 1º, porque no se entera de nada.)

TIPO 1º.- **(Gritándole muchísimo al TIPO 2º.)** ¡Que no me des golpecitos en el hombro, joder! ¡Luego te explico! **(Y ahora se dirige a la Mujer haciendo un verdadero esfuerzo por contenerse.)** Vamos a ver, señora, no perdamos la calma: ¿me quiere usted decir por qué mueble prefiere que empecemos?

MABEL.- Por ninguno... Absolutamente por ninguno.

TIPO 1º.- **(Mascando las palabras.)** De manera que usted no quiere que hagamos la mudanza.

MABEL.- Es que no sé de qué mudanza me está usted hablando.

TIPO 1º.- ¿Usted no contrató el miércoles de la semana pasada los servicios de nuestra agencia de transportes para hacer el traslado de los muebles de este piso?

MABEL.- No, claro que no. ¿Para qué iba a querer yo trasladar estos muebles?

TIPO 1º.- Ah, eso es cosa suya.

MABEL.- ¿Y... adónde? ¿Adónde los tendría que trasladar?

TIPO 1º.- A Barcelona.

(El nombre de esta ciudad sorprende muchísimo a la Mujer.)

MABEL.- ¿Barcelona?

TIPO 1º.- (Consultando un papel.) Aribau ciento veintiocho, entresuelo.

MABEL.- ¿Cómo ha dicho?

TIPO 1º.- (Repitiendo de mal gana.) Aribau ciento veintiocho, entresuelo... lo pone aquí: Barcelona.

MABEL.- No puede ser.

TIPO 1º.- ¿Por qué?

MABEL.- Porque en la calle Aribau ciento veintiocho, entresuelo, de Barcelona, vive mi hermana.

TIPO 1º.- ¿Y qué?

MABEL.- (Desconcertada.) Pues que... yo no tengo la menor intención de enviar estos muebles a la casa de mi hermana. Además, está enferma.

TIPO 1º.- (Indiferente.) Lo siento.

MABEL.- Hepatitis.

TIPO 1º.- Vaya.

MABEL.- De modo que...

TIPO 1º.- Perdone, pero... ¿usted se va a ir o no se va a ir a Barcelona?

MABEL.- Sí, yo me voy a ir a Barcelona, pero eso no tiene nada que ver?

TIPO 1º.- (Ya harto.) Escuche señora, y disculpe que me meta en su vida privada: ¿se quedó usted viuda hace un mes, aproximadamente?

MABEL.- (Volviéndose hacia el empleado de la funeraria, que ha permanecido callado hasta ahora.) Casualmente le estaba explicando a este señor...

INDIVIDUO.- (Presentándose.) Germán Pedreño, de «La Infalible», Pompas Fúnebres, a su disposición.

TIPO 1º.- Julián Tornado, Transportes y Mudanzas, mucho gusto. **(El TIPO 2º tira furiosamente de la chaqueta del TIPO 1º.)** ¡¿Te vas a estar quieto con la chaqueta, coño?!

MABEL.- (Reanudando la conversación donde la había dejado.) Bueno, pues, como había empezado a decirle, casualmente le estaba explicando a este señor...

INDIVIDUO.- Dígame.

MABEL.- ...que mi marido salió, no hace mucho, a pasear al perro.

(Una pausa que el TIPO 1º aprovecha para digerir lo que acaba de escuchar, amablemente acompañado por el empleado de la funeraria, que también tiene dificultades.)

TIPO 1º.- Al perro.

MABEL.- Sí.

TIPO 1º.- (Maquinalmente.) Su marido ha salido a pasear al perro.

MABEL.- Exacto.

TIPO 1º.- O sea, que no está muerto.

INDIVIDUO.- (Saltando hecho una furia.) ¡Sí, sí que lo está! Nosotros lo enterramos... el doce de septiembre... a las diez de la mañana.

TIPO 1º.- (Mirándole con desconfianza.) ¿Seguro?

INDIVIDUO.- (Empezando a dudar.) Bueno... eso dice Pepín.

(El TIPO 2º le tira de la manga al TIPO 1º.)

TIPO 1º.- (Al TIPO 2º y a todo volumen.) ¡¡Pepín!! ¡¡Ha dicho Pepín!! (El TIPO 2º indica con señas que no conoce a Pepín, y el TIPO 1º va y se cabrea, agujereando con su grito el oído del TIPO 2º.) ¡¿Pero cómo quieres que sepa quién es Pepín?!

INDIVIDUO.- (Aclarando.) Se ocupa de estas cosas... en «La Infalible...» es muy eficiente.

MABEL.- (Ahora irritablemente tranquila.) De modo que si ha salido a pasear al perro...

TIPO 1º.- (Remata.) ...no puede estar muerto.

INDIVIDUO.- (A punto de darle un ataque.) ¡No le haga caso! ¡Es mentira; todo lo que dice es mentira! ¡Lo que pasa es que no quiere pagar la cuenta que nos debe! Eso es: ¡la cuenta!

MABEL.- Oiga usted...

INDIVIDUO.- He venido cinco veces intentando cobrarla y... ¡nada! ¡Na-da!

MABEL.- Permítame, creo que se equivoca.

INDIVIDUO.- ¡No, no me equivoco! ¡«La Infalible» no se equivoca nunca! ¡No puede! Nosotros hemos enterrado a un señor que se llamaba Sabino López Alonso, que vivía en la calle Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda, y... ¡ya! ¡Punto!

(Se produce un silencio que rompe el timbre del teléfono.
La Mujer descuelga, escucha y habla.)

MABEL.- (Al teléfono.) Diga... Ah. ¿Es usted...? ¿Cuándo ha ocurrido...? Sí... sí... ¿eso ha dicho el médico...? Desde luego... no se preocupe... ya he llamado a Aviaco... saldré en el primer avión que pueda. Y gracias... gracias... Dele un beso a Maite. **(Cuelga el teléfono y les explica a los otros personajes.)** Mi hermana... se ha puesto peor. Lo siento, pero tengo prisa... aún no he terminado el equipaje.

INDIVIDUO.- (Resistiéndose a marcharse.) Ya, ya, pero las facturas...

MABEL.- No puedo pagar un servicio que no he encargado, compréndalo.

INDIVIDUO.- (Levantándose ya y con su carterita negra, como siempre, en la mano.) Pondremos este asunto en manos de nuestros abogados.

MABEL.- Como quiera.

TIPO 1º.- ¿De veras que no quiere usted que le hagamos la mudanza?

MABEL.- No, no, de veras.

TIPO 1º.- Bueno, si al llegar a Barcelona cambia usted de idea o si algún día se muere del todo su marido... Esta es nuestra tarjeta.

(Han llegado a la puerta cuando el TIPO 1º le ofrece la tarjeta de la agencia de transportes a la Mujer.)

MABEL.- Muy amable. No lo olvidaré, descuide.

TIPO 1º.- Hasta otra. Adiós.

INDIVIDUO.- Nos veremos en los tribunales, señora.

MABEL.- Puede ser.

(La puerta de la calle está abierta, pero, cuando están a punto de salir, el TIPO 2º dice con una voz clarísima.)

TIPO 2º.- ¡Hay que joderse! ¡Vaya a una historia!, ¿no?

(Todos se quedan estupefactos y después salen sin decir una palabra. La Mujer cierra la puerta, va al tocadiscos, vuelve a poner el «Concierto para piano nº 21 en Do mayor» de Mozart y hace mutis hacia las otras habitaciones. Pasa un tiempo ni muy corto ni demasiado largo. Después, reaparece el Hombre que salió a pasear al perro, va al tocadiscos y lo apaga. Luego se dirige a la puerta de la calle, parece que va a abrirla, pero una vez más se contiene; mira su reloj y se sienta en algún sitio. Casi de inmediato, vuelve la Mujer.)

MABEL.- Ah, ya has vuelto.

LÓPEZ.- Sí.

MABEL.- ¿Qué tal se portó el perro?

LÓPEZ.- Bien. Levantó la pata siete veces, se metió debajo de un seto que acababan de regar y le ladró a un pordiosero que iba con un saco.

MABEL.- Es muy cariñoso.

LÓPEZ.- Sí que lo es. Y muy inteligente. Parece mentira que sea un perro.

MABEL.- Hay perros mejores que las personas.

LÓPEZ.- Es cierto. **(Se produce una pausa. Se nota que MABEL quiere decir algo y no se decide. Mira a su alrededor un poco perdida.)** ¿Te ocurre algo?

MABEL.- Es que... había venido a buscar... no recuerdo qué...

LÓPEZ.- ¿No recuerdas?

MABEL.- Estoy haciendo el equipaje. Mi hermana se ha puesto peor.

LÓPEZ.- ¿Sí?

MABEL.- Sí. Me llamaron por teléfono. Le ha subido la fiebre. Tendré que irme cuanto antes.

LÓPEZ.- Cuando quieras te llevo al aeropuerto.

MABEL.- Gracias. (**Otra pausa. Al fin MABEL se atreve a afrontar la situación.**) Oye, ha pasado una cosa muy extraña.

LÓPEZ.- ¿Qué?

MABEL.- Vino un individuo queriendo cobrar unas facturas.

LÓPEZ.- ¿Unas facturas?

MABEL.- Y luego dos tipos que querían llevarse los muebles.

LÓPEZ.- ¿Para qué?

MABEL.- Eran de una agencia de transportes o algo así. Dijeron que tenían que trasladar los muebles a Barcelona... a casa de mi hermana.

LÓPEZ.- ¿Por qué?

(**MABEL tarda en contestar.**)

MABEL.- Aseguraban que yo se lo había encargado.

LÓPEZ.- (**Que en cada pregunta parece más inquieto.**) ¿Y el otro individuo... el de las facturas?

MABEL.- Venía a cobrar... tu entierro.

(**La pausa de ahora es más larga. Luego, el Hombre habla lentamente.**)

LÓPEZ.- ¿Te dije que había tenido un sueño?

MABEL.- Sí, me lo dijiste.

LÓPEZ.- ¿Y que en el sueño había muerto?

MABEL.- Sí.

LÓPEZ.- Se me había olvidado, pero ahora recuerdo que, en mi sueño, un individuo venía a cobrar unas facturas y unos hombres querían llevarse los muebles.

MABEL.- ¿Y tú qué les decías?

LÓPEZ.- No estoy seguro, pero... pero... me parece que les explicaba que no era verdad... que yo no estaba muerto.

MABEL.- ¿Te creían?

LÓPEZ.- No lo sé. Se marchaban... sí, se marchaban... y yo... yo volvía al cuarto de baño a seguir afeitándome.

MABEL.- ¿Afeitándote?

LÓPEZ.- Sí... con la navaja de afeitar... como siempre.

MABEL.- ¿Y qué más?

LÓPEZ.- Nada... que tenían razón... Había muerto... en la bañera. En mi sueño, claro.

(El Hombre y la Mujer están ahora terriblemente acongojados. Es muy probable que les cueste hablar.)

MABEL.- Pero... yo no he tenido un sueño. Estas gentes han estado aquí... realmente.

LÓPEZ.- ¿Estás segura?

MABEL.- He hablado con ellos.

LÓPEZ.- También yo hablé con ellos... cuando soñaba.

MABEL.- No es lo mismo.

LÓPEZ.- ¿Por qué no es lo mismo?

MABEL.- Lo sé.

LÓPEZ.- «Lo sé...» ¿Cómo lo sabes?

MABEL.- (Autoconvenciéndose.) ¡Lo sé!

(Hay una pausa que ninguno de ellos se atreve a romper. Luego, el Hombre pregunta cuidadosamente.)

LÓPEZ.- ¿Ha venido una chica?

MABEL.- No. Sólo los tipos de las mudanzas y el de la funeraria. Nadie más.

LÓPEZ.- ¡Qué raro!

MABEL.- ¿Por qué?

LÓPEZ.- Me acuerdo... de repente, ¿sabes...?, de que... en mi sueño había una chica.

MABEL.- ¿Qué chica?

LÓPEZ.- Una que venía porque tú habías puesto un anuncio.

MABEL.- ¿Por qué iba yo a poner un anuncio?

LÓPEZ.- Querías vender o alquilar este piso. Sí... sí... querías venderlo o alquilarlo porque... porque yo me había muerto y tú... tú te ibas a Barcelona... a... a vivir con tu hermana.

MABEL.- (**Asustada.**) Yo nunca he puesto un anuncio.

LÓPEZ.- No, claro... claro... era un sueño... ya te lo he dicho.

MABEL.- (**Repitiendo con poca convicción.**) Sí... un sueño. (**Y, de pronto, reacciona como si quisiera alejar algún fantasma.**) Bueno, me voy a seguir haciendo el equipaje.

(Pero la voz del Hombre la detiene en su camino.)

LÓPEZ.- Si yo me muriese... ¿tú te irías a vivir a Barcelona?

MABEL.- ¿Con Maite?

LÓPEZ.- Sí. Suponte que viajas esta tarde, que llegas allí y que, mientras estás cuidando a tu hermana, yo me muero. ¿Vendrías aquí, organizarías mi entierro y te encargarías de trasladar los muebles?

MABEL.- Lo ignoro. ¿Por qué me haces esa pregunta?

LÓPEZ.- No sé si cabrían.

MABEL.- ¿Cómo?

LÓPEZ.- Los muebles. Tu hermana tiene una casa muy pequeña.

MABEL.- (Agarrándose a algo.) No te vas a morir. Los sueños no se cumplen... forzosamente.

LÓPEZ.- Pero aquí han venido dos hombres de una agencia de transportes y un empleado de una funeraria. ¿No?

MABEL.- Sí. Es una casualidad. Una terrible casualidad, pero sólo eso. Alguien nos está gastando una broma.

LÓPEZ.- Nadie podía saber lo que yo he soñado.

MABEL.- (Aceptando.) Eso es verdad. **(Inmediatamente después, se le ocurre.)** A menos que...

LÓPEZ.- ¿Qué?

MABEL.- ...que el anuncio lo hayas puesto tú.

LÓPEZ.- (Sonriente y sorprendido a la vez.) ¿Yo? ¿Te has vuelto loca? Tranquilízate: no, yo no he puesto ese anuncio.

MABEL.- No, yo tampoco he puesto ese anuncio, no insistas.

LÓPEZ.- ¿Qué va a pasar ahora?

MABEL.- Nada, ¿qué quieres que pase?

LÓPEZ.- ¿Y si yo estuviera muerto?

MABEL.- No seas absurdo. Si estuvieras muerto lo... lo... sabríamos.

LÓPEZ.- ¿Tú? ¿Tú también... lo sabrías?

MABEL.- Claro.

LÓPEZ.- Pero estos hombres han estado aquí... el de la funeraria y los otros dos... los has visto.

MABEL.- Sí.

LÓPEZ.- Ya no era un sueño.

MABEL.- No, no lo era.

LÓPEZ.- ¿Estás segura?

MABEL.- Supongo... supongo que sí.

LÓPEZ.- ¿Por qué?

MABEL.- No tendría sentido que los dos hubiéramos soñado lo mismo: los mismos hombres... el mismo individuo...

LÓPEZ.- La misma chica...

MABEL.- No; la chica, no. Yo no he visto a ninguna chica.

LÓPEZ.- Es verdad. **(Como si esta última frase fuese definitiva, el Hombre y la Mujer se quedan silenciosos, pensando.)** No quiero morirme.

MABEL.- Lo sé.

LÓPEZ.- No quiero que te vayas a Barcelona, con tu hermana, y que alguien se lleve los muebles y que me entierren un día... ¿Qué día?

MABEL.- Un doce de septiembre... a las diez de la mañana.

LÓPEZ.- Eso: no quiero que me entierren un doce de septiembre, a las diez de la mañana.

MABEL.- No te van a enterrar, no te preocupes: el doce de septiembre ya ha pasado.

LÓPEZ.- ¿Cómo lo sabes?

MABEL.- Porque ya es octubre... octubre: todo ocurrió hace un mes... aproximadamente.

LÓPEZ.- ¿Ocurrió?

MABEL.- O pudo haber ocurrido... lo ignoro.

LÓPEZ.- ¿Por qué has dicho «ocurrió»? No me engañes.

MABEL.- No sé... ¿Eso dije?

LÓPEZ.- Has dicho «ocurrió» porque tienes la seguridad de que ha ocurrido. **(Suena el timbre de la calle, pero ni el Hombre ni la Mujer hacen intención de abrir. El timbre insiste varias veces con violencia. Luego, cesa.)** ¿Por qué no has abierto?

MABEL.- ¿Y tú?

LÓPEZ.- Estoy muy cansado. Vengo de pasear al perro, ¿no te acuerdas? **(La Mujer parece asentir con una sonrisa comprensiva.)** ¿Me juras que no pusiste el anuncio?

MABEL.- Te lo juro.

LÓPEZ.- Está bien.

MABEL.- Me voy. Aún no he terminado el equipaje. **(Va a salir de la habitación. Entonces, vuelve a escucharse el timbre de la puerta. Es un sonido agrio, desagradable. La Mujer se detiene. Después, silencio.)** ¿Quién puede ser?

LÓPEZ.- Nadie.

MABEL.- Pero las puertas tienen cerraduras, llaves, timbres... Cuando alguien llama...

LÓPEZ.- Nadie.

MABEL.- ¿Detrás de la puerta no hay nadie?

LÓPEZ.- Nadie.

MABEL.- ¿Tú crees?

(El Hombre entorna los ojos como buscando algo en su memoria.)

LÓPEZ.- Cuando era niño, yo tenía un mechón de pelo.

MABEL.- ¿De veras?

LÓPEZ.- Sí. Comprendo que ahora resulte difícil de creer, pero lo tenía. Un mechón rubio que me tapaba un ojo. Yo soplaba hacia arriba para apartármelo, pero el mechón volvía a caer... insistentemente.

MABEL.- ¿Qué ojo era?

LÓPEZ.- Pues... déjame pensar... el derecho, sí, creo que era el derecho. Yo soplaba... soplaba... pero luego el mechón caía otra vez. Era muy incómodo, en serio. Durante muchos años tuve que ver la vida... y a sabes: desdibujada... como con esos filtros que ponen a veces los fotógrafos en sus cámaras. Luego, con el tiempo, me acostumbré.

(Hay unapausa. Dalaimpresión de que el Hombre ha terminado -penosamente- su recuerdo.)

MABEL.- ¿Y la puerta? ¿Qué tiene que ver con la puerta?

(El Hombre hace otro esfuerzo terrible.)

LÓPEZ.- En mi casa, cuando era niño, había una puerta marrón con una cerradura grande. De marrón oscuro... sí... oscuro...

MABEL.- ¿Nunca la abriste?

LÓPEZ.- Nunca.

MABEL.- Lo tenías prohibido.

LÓPEZ.- No.

MABEL.- Entonces...

LÓPEZ.- Mi padre me había dicho que en todas las casas hay una puerta que no se debe abrir.

MABEL.- ¿Porque es peligroso?

LÓPEZ.- Porque es inútil. Porque detrás de esa puerta no hay nadie... simplemente.

(Otra vez el timbre de la puerta. Suenan provocativamente. Tanto que...)

MABEL.- (Decidiéndose.) Voy a abrir.

(El Hombre se pone en pie dispuesto a impedirlo.)

LÓPEZ.- ¡No!

MABEL.- ¿Por qué?

LÓPEZ.- ¡No debes abrir! ¡No puedes! ¡Nadie está llamando a la puerta, ¿me oyes?, nadie! ¡No tienes que abrirla!

MABEL.- ¿Y si alguien quisiera hablar con nosotros?

LÓPEZ.- (Histórico.) ¡Nadie quiere hablar con nosotros!
¡¡Nadie, nadie, nadie!!

MABEL.- Pero... pero... tú preguntaste por ella.

LÓPEZ.- ¿Por quién?

MABEL.- No sé... una chica... Esa chica que habías visto en tu sueño y que venía aquí por... por... un anuncio y llamaba a la puerta. Tú preguntaste por ella... tú.

LÓPEZ.- No recuerdo.

MABEL.- Preguntaste.

LÓPEZ.- ¡Es mentira, mentira! ¡Nadie llama a la puerta! ¡Nadie!,
¡nadie!

(Esta última parte del diálogo se ha producido mientras sonaba el timbre de la puerta. Justamente ahora deja de escucharse.)

MABEL.- (Muy despacio.) Algún día tendremos que abrir esta puerta.

LÓPEZ.- (Insensible.) ¿Por qué pusiste el anuncio?

MABEL.- No lo puse.

LÓPEZ.- (Con absoluta seguridad.) Tu hermana no está enferma de hepatitis.

MABEL.- Lo está.

LÓPEZ.- No tienes que irte a Barcelona.

MABEL.- Voy a sacar el billete en el aeropuerto.

LÓPEZ.- (Definitivo.) Esta ciudad no tiene aeropuerto, no me engañes.

(Los dos personajes empiezan a hablar tan despacio que producen una curiosa extrañeza.)

MABEL.- ¿De verdad nunca vas a abrir esta puerta?

LÓPEZ.- No ha venido un individuo queriendo cobrar unas facturas.

MABEL.- Era de una funeraria.

LÓPEZ.- No ha venido.

MABEL.- «La Infalible».

LÓPEZ.- Ni unos hombres que querían llevarse los muebles.

MABEL.- A Barcelona.

LÓPEZ.- No han venido.

(El tiempo podría detenerse después de esta frase. Pero no. El Hombre y la Mujer hacen un esfuerzo para salir de su tentadora somnolencia.)

MABEL.- Una vez estuve en un puerto inmenso que tenía un espigón muy largo que parecía querer atravesar el mar como un cuchillo.

LÓPEZ.- ¿Dónde fue eso?

MABEL.- Se me ha olvidado.

LÓPEZ.- No puede ser: nadie se puede olvidar de un puerto que tiene un espigón como un cuchillo.

MABEL.- Era de noche. Se veían las luces de algunos barcos. Yo tenía once años y llevaba una falda corta por la que me subía la humedad.

LÓPEZ.- ¿Por qué estabas allí?

MABEL.- Depronto, en el centro del espigón, descubrí una figura blanca.

LÓPEZ.- ¿Blanca?

MABEL.- Me quedé quieta y me mordí un poquito los labios porque tenía miedo. Entonces, la figura blanca extendió uno de sus brazos hacia mí.

LÓPEZ.- ¿Te tocó?

MABEL.- No, no me tocó. En la mano tenía un papel... un recorte de periódico.

LÓPEZ.- ¿Cómo lo supiste? ¿Cómo supiste que era un recorte de periódico? ¿No has dicho que era de noche?

MABEL.- Me acerqué hasta ella y tomé el papel.

LÓPEZ.- ¿Qué decía el periódico?

(La Mujer tarda mucho en contestar.)

MABEL.- Era un anuncio.

LÓPEZ.- ¿De qué?

MABEL.- (Monótona.) Un anuncio; me fue imposible leer lo que anunciaba.

(Vuelve a escucharse el timbre de la puerta. Es una llamada larga, impaciente... poderosa. El Hombre y la Mujer, inmóviles, dejan que el eco se disuelva. Después...)

MABEL.- Te quiero.

LÓPEZ.- ¿Aunque nunca abra la puerta?

MABEL.- Te quiero porque sabes que detrás de esta puerta no hay nadie.

(El Hombre sonríe como un niño al que le hubieran descubierto un secreto.)

LÓPEZ.- ¿Vas a ir al aeropuerto?

MABEL.- Esta ciudad no tiene aeropuerto, recuérdalo.

LÓPEZ.- Sí, ¡qué memoria! **(Ahora sonríen los dos. Se sienten cómplices.)** No estoy muerto.

MABEL.- Estás vivo. Sólo los vivos pasean al perro.

LÓPEZ.- Tienes razón. ¡Qué sencillo es, ¿verdad?!: se le pone la correa, se le baja en el montacargas...

MABEL.- ...para que los vecinos no se enfaden...

LÓPEZ.- Eso: para que no se enfaden. Se le deja que levante la pata siete veces, que se meta debajo de un seto que acaban de regar, que le ladre a un pordiosero que va con un saco... y no te mueres... ¡no te mueres! Vivir es, sencillamente, pasear un perro, ¿no crees?

MABEL.- Eso sólo se sabrá después. **(Regresa, de muy lejos, el concierto de Mozart, que va haciéndose presente poco a poco. La Mujer se acerca al Hombre. Le pasa, despacio, la mano por la cara en una caricia larguísima.)** No te has afeitado.

LÓPEZ.- No; todavía no.

MABEL.- Ven. Ven y te afeitas. Me gusta verte delante del espejo. Mientras, yo abriré el agua de la bañera.

LÓPEZ.- Gracias.

(Lo toma de la mano y desaparecen así hacia las habitaciones interiores. Al poco rato suena de nuevo el timbre, acompañado de golpes en la puerta y algunas voces confusas. El concierto de Mozart se interrumpe bruscamente. Después, alguien utiliza una llave y consigue abrir, y aparece la CHICA que conocimos en la primera parte de la obra, acompañada del PORTERO del inmueble.)

PORTERO.- **(Comprobando lo que dice.)** No hay nadie.

CHICA.- **(Segurísima.)** Tiene que haber alguien. Seguro.

PORTERO.- Hace días que no los veo. Apenas salen. Como están tan enfermos... casi nunca se levantan de la cama.

CHICA.- ¿Viven solos?

PORTERO.- Solos. No tienen a nadie. Antes tenían un perro, pero... se murió. Fue muy triste.

CHICA.- **(Reaccionando.)** Voy a ver en las otras habitaciones. Llame mientras tanto a la policía.

PORTERO.- **(Seriamente alarmado.)** ¿A la policía? ¿Usted cree...?

CHICA.- ¡Llame! **(Al mismo tiempo, desaparece hacia las otras habitaciones mientras el PORTERO, que está nervioso, marca el 091. Lo hace varias veces porque no consigue comunicar. Incluso se escucha el clásico sonido de la línea cuando está ocupada. No tarda en regresar la CHICA. Viene muy pálida aunque, a la vez, sorprendentemente serena.)** Hamuerto... con una navaja de afeitar...

PORTERO.- ¿El señor?

CHICA.- El agua de la bañera está azul.

PORTERO.- **(Asustado.)** Quién es usted?

CHICA.- **(Tranquila.)** Habían puesto un anuncio... hace tiempo.

(Suena el teléfono. El PORTERO lo coge. Escucha. Luego dice a la CHICA, inexpresivamente y sin llegar a colgar.)

PORTERO.- Es la señora. Pregunta por el señor. Llama desde Barcelona: su hermana está enferma.

(Deja caer el auricular mientras suena, de nuevo, el «Concierto para piano nº 21 en Do mayor» de Mozart. La CHICA sonrío y baja el telón.)